LA CRISIS DEL PARTIDO CONSERVADOR EN COLOMBIA

AUGUSTO RAMIREZ MORENO

TIP. GRANADA - BOGOTA - 19.37.

Augusto Ramírez Moreno

LA CRISIS DEL PARTIDO CONSERVADOR EN COLOMBIA

a los Conservadores del Tolima, a los de Nariño, Cundinamarca y Santander del Norte que me ungieron representante en 1933.

Segunda Edición

TIP. GRANADA - BOGOTA - 1937

"Los Leopardos" son un libro bellamente escrito, sin ningún notorio defecto de lenguaje, con la adjetivación riquísima, desconcertante y exacta que distingue a Ramírez Moreno. No es difícil encontrar en él verdaderas páginas de Antología. Tiene relieves de primorosa factura que hacen pensar en el cincel de Benvenuto, quien en el brevísimo espacio del broche de una capa pluvial, hacía caber una admirable y complicada historia hagiográfica.

LAUREANO GOMEZ

"El honorable representante que acaba de hacer uso de la palabra (refiriéndose a Ramírez Moreno) ha sido uno de mis más constantes e inexorables acusadores. Pero debo reconocer que durante mi Gobierno tuvo siempre esa línea de firmeza y nunca pisó los salones presidenciales, como sí lo hicieron otros que ahora me atacan con la misma injusticia y con la misma acerbía. Yo quise, por el contrario, aproximarlo al Gobierno mediante la oferta de un alto cargo, no con ánimo corruptor, sino porque aspiraba a que la República aprovechara sus brillantes capacidades y su voluntad patriótica. Rindo un tributo de justicia al representante Ramírez Moreno y lo presento a la juventud como ejemplo de carácter y de firmeza.

ENRIQUE OLAYA HERRERA

"Todos los días conquistó para sus armas nuevo fulgor, ese caballero cubierto del conservatismo que responde al nombre de Augusto Ramírez Moreno".

"LA PATRIA" de Manizales

"Tiene el Leopardo un aspecto particularmente admirable en estas décadas turbias, en que el interés, el cálculo y la ambición han formado una mística oscura. Es la rara virtud de mantenerse, de estarse. Si se le preguntara al partido por qué admira y rodea al joven jefe, contestaría: No le entiendo casi lo que dice pero nunca se le ve temblar".

"EL COLOMBIANO" de Medellín
(Tulio González)

"Augusto Ramírez Moreno, el esforzado paladín de nuestra causa, el tribuno elocuentísimo e insuperable, el escritor original, el prototipo del hombre político, el excelso patriota, comparte con Laureano Gómez la admiración y el cariño de los conservadores colombianos"

"DIARIO DEL PACIFICO"

"Su nombre ha señalado metas de triunfo en las principales jornadas de la República, en el medio día de una gloriosa juventud enardecida y luchadora, consagrada ya en las tardes más vibrantes del Capitolio".

"EL DERECHO" de Pasto

"Augusto Ramírez Moreno es un hombre que ha resuelto mantener su ideal y mantener su altanería a costa de su vida. El no se ha doblegado nunca. No se ha resignado a sacrificar una partícula siquiera de un íntimo ideal de vida o a atenuar una arista de su personalidad insoportable. Es un prócer, y vale ante su partido y ante el país por lo que pesa".

Juan Lozano y Lozano "FIGURAS NACIONALES

LA CRISIS DEL PARTIDO CONSERVADOR EN COLOMBIA

I

Estas notas tienen doble importancia porque son dos veces verdad: Lo que se narra es cierto y cuanto expreso es sincero. Por lo demás, los colombianos me conocen: No es mi carácter el de un charlatán que se falsifica a sí propio y quiere engañar al prójimo. Si ocurrieron apreciaciones exageradas en la corta vida pública que con este libreto cancelo, Dios sabe que no he obrado con malicia.

Del doctor Olaya Herrera muerto no sólo quiero decir que me ata a él una gratitud profunda por las pruebas de respeto y consideración que de él recibí, sino tambien puedo afirmar y repetir cuanto le dije vivo, porque ante él me levanté, constreñido por un grito hercúleo que partía mi alma. Del

doctor Laureano Gómez, hostil, reinserto los elogios que le hice cuando era apenas falso amigo.

Ahora, cuando me aparto alegremente de las faenas políticas, sigo profesando con generoso ardor que el Régimen liberal ha sido funestísimo, que el Presidente de 1930 cometió el insigne yerro de castrar decisivamente el patriotismo y las condiciones viriles de nuestro pueblo; que el segundo Presidente carece por completo de dotes de Gobierno, y que el respetable ciudadano que usará la banda en 1938 es un espíritu débil y por eso peligroso en días feroces como los que nos aguardan

Un concepto imperial de la República ordena mi criterio. Poderoso adyuvante de la resolución que he tomado, es el divorcio entre este clima enervante, propio para la gloria de las especies enanas, y mi pulmón mineral. No vamos a la disolución, sino a la pocilga: A engordar, gruñendo, durmiendo y comiendo, sin alzar el hocico del pequeño mundo de pantano que nos encadena con los brazos de su amorosa pestilencia.

Olavo Bilac, fulgente en mi devoción con los seis primeros ángeles de la poesía encabezados por Baudelaire (mugroso, genial y desgreñado), dejó un soneto que me recorre la memoria, hoy cuando miro yacente, virginal y tranquila, mi perfecta vocación política, al tiempo que brota en mi horizonte como un sol indescriptible mi vocación profesional. Canta el brasilero a las vírgenes muertas y se impetra de los amantes voluptuosos y locos un proceder inmaculado y que no transborden sus besos de la boca a la boca en el claror, sino bajo la sombra pía. Pues bien: Que los doctores Laureano Gómez y Julio H. Palacio que me expulsaron y me ultrajaron desde el EL SIGLO, cuando sus besos con los liberales inflamen el casto corazón de las flores, recuerden el último terceto de VIRGENS MORTAS: "Piedad! ese impudor ofende la frígida mirada de las que vivieron solas y se murieron puras".

II

Con frialdad accedo al problema que Gómez falsificó en sus datos para exterminar un Directorio responsable. Pero antes quiero ensayar un pequeño dibujo de este colombiano eximio, que es gloria positiva de América por su inteligencia, por su paciencia, por su nobilísima vida de jefe de hogar y

por su reputación diamantina. Desde ahora sabemos plenamente que ningun historiador o cronista que en lo futuro se ensaye sobre nuestra época, dejará de llamarlo GRANDE, al menos en relación con sus contemporaneos. Guillermo Valencia es más ilustre, más erudito, más brillante, más inteligente. Tiene Berrío más incisivo dón de mando. Gonzalo Restrepo Jaramillo aventájalo como orador y Miguel Jiménez López como político. Silvio Villegas lo sobrepuja como escritor. Es más controlado y más frío Eliseo Arango. Tengo yo más entero y más noble el caráoter. Marco Fidel Suárez lo excede abundantemente por su sentido místico de la vida y como hombre de letras y por la gracia del estilo; comprende - además - ciertos matices que irritan a Gómez. Pedro Nel Ospina es un realizador admirable y obra en forma tan poderosa y directa sobre los hechos, que su estatura se hace colosal con la distancia. Rafael Uribe es mas héroe. Enrique Olaya Herrera le fué inferior por la estructura lógica del discurso y aún por el aspecto simplemente literario - deplorable en ambos como en mí - tuvo mejor garganta y se acusa como más perfecto en el estrago. Pero Laureano Gómez nos supera a todos por la continuidad en el esfuerzo, por su delectación en el combate, por el duro misterio de su corazón leonado, por el sentido de la estrategia parlamentaria,

por el vigor de los golpes oratorios asestados en el Congreso y por su tranquilidad extrahumana ante la turba. A todo ello se agrega la incontrastable belleza viril, la silueta rampante, una accción magnífica de procónsul, la inteligencia ágil y segura, temible máquina de razonamientos, la pulcritud de sus palabras esmeradas, el vigor físico, un sistema nervioso de bronce, la ordenación clásica de las ideas y su palabra honda. Seguramente en los últimos años la intensidad de su prestigio no ha sido superada.

Como político es un cero hiperbólico, es la nada ululante, la inanidad estatuaria y marmórea con órbitas de ofidio.

La única palabra que represanta en el campo político a este conductor de partido, me parece que es la siguiente: Albinismo. «*Bebeco*» llaman popularmente al albino, caballo u hombre, en el Tolima, tierra de mi corazón. Ved su piel inmaculada, sus pestañas rubias y cómo la luz se contrae, supliciada al modo de una araña, en la córnea casi azul. Parecen claudicantes las piernas y torcido es el busto. Marcha como un alucinado y aparta los brazos del tronco y desgonza con cretina inocencia el labio para ver corto y mirar cerca. La luz misma parece enturbiarse cuando busca entre dolores el camino de la retina impermeable y casi inerte. La posibili-

dad desesperada de ver se aniquila contra los escudos de niebla que doblan toda flecha visual. La cansada cabeza y el ojo convulsionado que inspira piedad, sólo aprecian con vacilaciones lo circundante e inmediato. Comparado al *bebeco*, el miope es un rey.

III

No hay exageración en afirmar que el actual jefe del partido carece de aptitudes políticas. Basta con remirar los episodios de su vida. Los éxitos que ciñen su nombre con guirnalda de feraces laureles, nacieron de su lengua implacable, acerba y ligerísima; estériles y horros fueron su dón profético, su habilidad y su conducta respetable de amigo. Compárese a Laureano Gómez en el *couloir* con Laureano Gómez en la tribuna y se tendrá la medida de su titánica insuficiencia. La astucia se le fué al hígado y su única luz vive en el espléndido color de sus ojos extraviados.

No sobra en este sitio hablar de su reconocida suspicacia, vicio fundamental de su carácter. Pero no: La suspicacia es una cocinera y mis manos de señor se abstienen de

tocarla. Prefiero trasladarme a un extraño punto: Su estólida supertición tumbal.

Al señor Suárez le amargó con hieles amarillas de envidia, con taciturnas hieles de sospecha, con lívidas hieles de calumnia le amargó la vida. Muere el señor Suárez, hállase en Bucaramanga el tribuno y desfleca - como un pañolón - su lamentable discurso funerario.

Viene despues Enrique Olaya. De la manera más tranquila y seria, en pleno juego de su conciencia, sugiere que es pederasta, ladrón, asesino, traidor a la Patria. El público lo sabe. Muere Olaya, y tiembla. Escribe una larga tarjeta de pésame y, más tarde, LE RINDE UN HOMENAJE DE TODAS LAS PAGINAS DE SU DIARIO. Sé que una dama llamó al periódico: Quería saber cuando estaría la edición dedicada a Barrera Uribe. Se puede pronosticar que cuando el asesino muera, el doctor Gómez le hará un sobrio panegírico. Qué derecho tiene para injuriarnos en nombre de la sangre conservadora el Jefe que ordenó un solemne homenaje de su periódico al gran victimario, a Olaya Herrera? En manos de Gómez y por la vía de su diario se manchó el honor de nuestra causa que rehusa proceder con semejante debilidad beata ante la tumba de un hombre al cual insultamos y a quien le amargamos la vida

con justicia.

Aquella débil conducta del Implacable, fue ampliamente comentada y se aceptó como tácita rectificación de seis años de lucha admirable y como prueba de que el partido, al igual de su Jefe, era capaz de ir a la calumnia por simples razones tácticas.

Yo le pregunto a cualquier ciudadano liberal o conservador si considera decente y escrupuloso el paso claudicante y horrorizado que dió el jefe del partido, luego de haber revestido con hectolitros de azafétida la reputación de Olaya Herrera.

Auncuando pertenece a un orden separado, vale la pena completar el carácter que describo en el hecho de que Gómez hizo una escena a Mario Fernández de Soto, porque recibió para EL PAIS colaboración del doctor Julio H. Palacio, quien ahora cotidianamente escribe en EL SIGLO. Entre otros cargos abominables, muchos pueden testimoniar que sin hacer secreto de ello, acusaba al doctor Palacio de ser espía a sueldo del Perú. Qué patriota, qué caballero, qué Director de periódico y de partido es éste que declara, sin pruebas, traidor a la Patria a un ciudadano, y después le entrega su periódico para que lo redacte? Merece la confianza de un gran partido o la de un pequeño partido

de miserables, quien así obra y así contradice y niega su propia alma y pisa su corazón como si fuera un juguete protervo?.

IV

No creo inútil recordar que Gómez recibió mercedes liberales que se tradujeron en estrago para la reputación del partido. Memórese, por ejemplo, que cuando un concejo municipal de mayoría bermeja buscò el deterioro de nuestro crédito como administradores, fué nombrado el actual jefe revisor fiscal, con sueldo, para que denunciara mediante un salario las faltas de su propio partido. La adversidad económica no lo halló tan arrogante como él quiere imaginarlo y como lo suponen sus adoradores, porque él con la suela de los zapatos rota vale algo menos que con ella sana. Este influjo de los piés sobre su alma lo disminuye un poco, y, así, no vaciló en agenciarse una candidatura de representante a la muerte de Hernando Holguín y Caro, sobreponiéndose a los mandatos de una austera dignidad. Rectificó, momentáneamente, sus odios con el pobre señor Suárez, que era un grande hombre de

letras y un diminuto corazón de púgil, é hizo la oferta de sostener el tratado que cerraba nuestra queja por el negocio de Panamá. El desenlace de la extraña probidad mental que lo singulariza fué que - luego de haber sido perdonado - vilipendió a Suárez y atacó el tratado, justificando este último denodado cambio de frente, con la razón pusilánime de que «se le hizo tal propaganda en los periódicos y en los cinematógrafos» al pacto con los Estados Unidos que él mismo llegó a ofrecer que lo apoyaba. Tenemos pues que sobre una de las materias mas graves que ha tenido Colombia, un monstruo adulto, que debía andar entonces por la rabadilla de los treinta y tres años, justificaba contradiciones sustanciales en materia grave por la propaganda cinematográfica *que jamás existió para el tratado*. Un embuste fué estribo para su deslealtad Todo lo cual prueba, entre otras cosas, que puedo descalificarlo como censor mío y para que se irga haciéndome cargos de claudicador y piltrafero Ya Silvio Villegas dijo que no había nacido en Colombia el hombre que pudiera invalidar las credenciales políticas de los nueve cadetes comprometidos en la aventura cívica de la participación electoral. Dá risa que la parvada de réprobos que germinó en 1930 se alie para excomulgarnos con un ex-empleado del doctor Olaya Herrera, a quien felicitó por las

crueles elecciones de 1931 y quien sólo renunció meses después, indeferente a las matanzas, pero despierto al sentido de la vanidad, pues no quería figurar en el escalafón diplomático con traidores que hoy alza con orgullo para mostrarlos como sus aliados.

V

Conviene mucho fijar un hecho pesadísimo: Gómez no ha enriquecido al partido con una sola idea Cuando gobernaba el Senado con su inteligencia de maestro parlamentario, dijo muchas veces: Yo no sé hacer sino esto: *poner pereque*. Claro que se trataba de un pereque histórico y admirable que inmortalizaremos en bronce oportunamente; pero no menos exacto resulta que no ha sido ni un organizador de hombres, ni un doctrinario en menesteres creadores, ni un caudillo que recoja toda la pasión, la miseria, el padecimiento y la esperanza del pueblo. La crisis conservadora no obedece a una tonta sinfonía electoral ejecutada magistralmente o al desgaire Con gobierno de dictadura ha gobernado al partido y no ha sido nunca apto para organizar conservadores y para endere-

zarlos, con inmarcesible voluntad de triunfo, hacia objetivos fértiles. La crisis conservadora en Colombia es principalmente una bancarrota de la organización antiquísima, desvencijada y rutinaria, podrido zuncho que se dobla si un papel de seda sale al tope. Es hoy nuestra raza política una de maratonistas que sólo saben correr. En el parlamento y obrando en forma contundente desde su curul sobre la imaginación popular, se hizo jefe del partido. Clausurado aquél para nosotros y disminuída en hora maldita su portentosa palabra por un derrame cerebral de origen inexplorado todavía, sin condiciones de político, indeciso acerca de su gloria tartamuda súbitamente, en el terror civilizado, católico y perenne de la fuerza física, ciego en materias de táctica, repelente a los negocios electorales, probado ya en su largo y omnímodo ejercicio parlamentario como no permite que nadie colabore con él por desprecio a sus colegas a quienes no les permitió jamás que plantearan un debate, con la sensación de soledad que sentiría un pastor etrusco en medio del balido insomne de su vasto y trémulo rebaño, no pudo organizar su ejército, ni logró tampoco suscitar quien lo organizara bajo su autoridad y por ministerio suyo. De su gran cerebro salen ideas frustradas, insignificantes, tambaleándose, y se mueren como expósitas a la puerta de hierro que es su boca.

Mil veces ha dicho: «No se me ocurre nada. Mi salud y mi imaginación están agotadas, no veo nada». Dice eso, en ello cree, los hechos ratifican esa majestuosa parálisis, y tiene el desenfreno de suscitar un plesbiscito haciéndose proclamar jefe único. Este hombre es mentalmente sano y honorable: carece de explicación tan rara manera de obrar. Adelante probaré que hay otras razones de mucho momento y de estricto decoro que le impiden el desempeño de la jefatura conservadora. Por el momento basta esa convicción irrestañable que él profesa y el indelicado vigor jupiterino que emplea en hacerse proclamar monarca.

Mucho antes de que él se declarara fallecido como hombre político notificó a cuantos quisieron escucharlo que no podía ser al propio tiempo individuo del directorio nacional conservador y director de «EL SIGLO». Razones de política y de muy elemental delicadeza inspiraron esa afirmación. Auncuando sea distinto el ánimo, subsiste el hecho evidente de que al partido se le explota como equipo de lectores tributarios de una empresa particular que pertenece al distinguido filántropo doctor Alejandro Angel y al doctor Laureano Gómez y que el día en que resigne su jefactura o sea desconocida, decaerá

la empresa porque su pluma es un pié vendado y la columna editorial en que se mueve parece un corral para gallinas y palmípedos, lo cual consta en las colecciones de sus varios periódicos. Pero abandonemos el aspecto económico. En la práctica, el dilema era éste: o no cumplía con sus deberes de director, ya que indiscreto debe ser como periodista, o no prosperaba como diarista sometido a reglas y cadenas, a clausura de especial discreción.

VI

Pero el partido tiene el jefe que merece. Muévese, no en un círculo de vicio, sino en uno de miedo galopante. Tiene espanto el rebaño porque no hay jefe que lo entrope, lo anime y se ponga a su cabeza resuelto a desafiar la muerte más humilde, muerte de acechanza en un camino o muerte de azar en un balcón clamante. Tiene miedo el jefe de los peligros ajenos y de que no le obedezcan. Es el nuestro un partido en carne viva, cada uno de cuyos poros confúndese con la viva gota de sangre dolida que le besa los labios. No resiste ni el algodón balsá-

mico, ni el baño que relajaría su pena. Sólo quiere huir. Por eso Gómez grita: ¡Corran!! Viva el jefe! muge el despavorido rebaño que golpea con sus pezuñas el viento.

VII

La primera obra de un jefe conservador digno del nombre es organizar el partido. Darle un encuadramiento electoral, guarnecerlo con elementos de choque amaestrados, dotarlo de una tesorería. Desde 1933 fuí consagrado imperturbablemente como director; pero nada pude hacer nunca en el sentido de la política de movimiento y de la tàctica procesional, espectacular y mística, porque veinte veces lo propuse y jamás fui atendido. No es menos exacto que es preciso rejuvenecer el contenido espiritual de nuestro augusto programa. Buscar el proletario y el campesino, regar literalmente el corazón sobre sus quejas, probando con hechos que es el conservatismo un partido cristiano, no lo intentó el Omnímodo. Nutrir de raíces católicas y de radicales pontificios la sed de acción social que nos agita, fué tema apaciblemente ignorado por el monstruoso ovejo de

la oposición. En el soberbio discurso que pronunció últimamente durante el almuerzo de la Revista Colombiana hay un huracanado movimiento aquilino de las alas, pero sobrepasa lo espiritual-necesario para posarse en lo espiritual-académico. Más bien que como a jefe político sujeto a los golpes de una realidad por instantes más ardúa, yo lo imaginaría de preceptor, de censor, de director de una revista de ideas. Hacer ingertos nuevos en la doctrina de mármol, es hazaña que excede el furor de su escoplo.

VIII

La crisis conservadora es, pues, fundamental. Debemos recoger el acento que vibra en la Santa Sede para incorporarlo a nuestros proyectos, a nuestras promesas, a nuestros pensamientos y esperanzas. El capital y el trabajo aúllan como lobos en estepas de impiedad. El árbol de la Cruz ha sido taladrado por colmillos de cerdo. Las voces de caridad y de paz, cada instante más ralas y frías, vuelan como rotas palomas extraviadas bajo el dombo inclemente. Jesucristo en su trono, abrigado con manto inefable

en que cada pliegue es otra eternidad, vé que los ricos son crueles como raposas y que los pobres son crueles como coyotes. En el golpe oceánico de esos apetitos encontrados el imán de sus ojos estelares mantiene a flote el balanceo consolante de la silla gestatoria en que Pío XI moribundo signa el aire con mano paternal. Pero nada dice al bronco oído del jefe la infalibilidad romana y continúa buscando luz, no en la aurora que raja su retina de albino sino en los halos decadentes de un ocaso que se pierde entre nubes impalpables.

IX

Si el partido conservador abandona el aspecto social de la lucha política moderna, continuaría hundiéndose. Yo articulé unos puntos elementales y operantes al programa de derechas. Considero que el capitalista requiere tranquilidad con la misma urgencia conque el proletario reclama sus derechos. Mas no radica allí fundamentalmente la propuesta que le hice al país de que nos permitiera desconocer el derecho de huelga. Esta invitación se explica por la certidum-

bre infausta de que son contradictorios, tal derecho, en la forma como se practica ahora, y nuestra prosperidad económica, que carece de reservas, que ni siquiera ha tenido tiempo de estructurarse y de cuajar y vive sometida a un tratamiento de navío que sale del astillero, remendado, para servir de juguete a pleamares locas que de nuevo lo abaten contra los rojos arrecifes. Un derecho de huelga controlado por la justicia y la cordura es respetable y no debe tocarse; pero cuando se ejercita guiado por la demagogia y por el miedo hay que ponerlo fríamente contra el muro. Compensar esa pérdida jurídica que hace el trabajador con una sustancial ventaja económica bajo la especie de un salario contundente y congruo y familiar, es ganancia neta para el proletario y justo rescate que pagarían los patronos por el reintegro de su tranquilidad, hecho bajo la especie de esa esponja que colocamos sobre el derecho de huelga, para que se refresque.

Correctivo de los inconvenientes del salario familiar son las cajas de compensación, cuyo régimen alimenticio es asunto de puro detalle que se estudiaría brevemente, aceptado el principio de que el remedio de las congojas proletarias antes que doctrinario es de organización industrial y puede empezarse eficazmente con una generosa política de sa-

larios para concluirse en un regreso unánime y arrebatado a la doctrina social de la Iglesia Católica.

Jacinto Jijón y Caamaño, presidente del conservatismo ecuatoriano y amigo mío de muchas perfecciones, me explicaba cómo la obra social de su partido en el pueblo hermano ha logrado que la aplastante mayoría de las masas urbanas esté afiliada en el ejército de nuestros cofrades. La sordo-ceguera política de mi estimado amigo Laureano Gómez le impide ver estas cosas cuya realidad hiere con gritos y con púas.

X

Pero no sólo hay que partir hacia el futuro con un partido organizado en cuadros fuertes de pedernal, no sólo debemos hechizar el futuro con un programa social que lo capture con sus garras; mas también creo que un jefe conservador digno del nombre ha de pronunciarse decisivamente sobre la revisión del concepto democrático y sobre los correctivos de que es susceptible nuestra democracia. Por eso he propuesto una reapertura de la institución parlamentaria sobre nuevas bases, y así la facultad soberana de hacer leyes será trocada de heterodoxia improvisada y gárrula en función técnica,

cada una de cuyas forzadas cesuras es una pausa creadora. Desde 1927 di en libro el esquema de congreso semejante y no pueden atribuírseme, por eso, móviles ad-hoc, sino convicciones reposadas. Un parlamento técnico no niega la democracia sino la corrige.

Más bien que como tema social como prospecto político hay que propender por el fomento de cooperativas, de mutualidades y de sindicatos donde puedan enquistarse hazañas económicas y monumentales esperanzas. Yo no creo en la colectividad como matriz de la historia sino como fábrica de comodidad y de auxilios.

La crisis conservadora es honda y categórica; es triple, porque no quiere el jefe del partido que sea una colectividad cuyos contingentes vivan modernamente organizados; porque no quiere ampliarse, actualizarse y renovarse el indudable contenido social de nuestro programa, y porque en la pura materia política la sordo-ceguera ama lo rutinario y rehusa tender vista y oído sobre la palpitación incoercible del pueblo supliciado.

El voto femenino, las mujeres con derechos políticos exactos a los del hombre, personifican lo más pulpo y lo mejor de mis esperanzas públicas. La absurda constitución de 1936 les reconoce aptitudes para desempeñar ministerios inclusive, pero les niega el derecho de elegir y de ser elegidas. No debe olvidarse que el origen del voto masculino se halla en su calidad de contribuyente. Se dijo: las rentas personifican el acopio monetario del pueblo al sostenimiento del aparato oficial, es así que los contribuyentes tienen interés en vigilar a quienes disponen de su dinero y la forma como de él se dispone, luego el pueblo debe elegir y ser elegido. El repugnante egoísmo del animal macho se aprovechó de la abnegación instintiva del animal hembra y monopolizó para sí el nombre de «pueblo» y sus prerrogativas. Nada es para mí tan odioso como la normal actitud del hombre ante la mujer: Prácticamente la ha expulsado de la especie humana, se cree que el amor propio, el honor y el corazón radican exclusivamente en el mezquino ánimo del varón. Ejemplo de tan absurda e irritante posición del espíritu humano ante la mujer es el extraño concepto universal sobre los deberes recíprocos del matrimonio.

Ningún motivo intelectual, sentimental ni biológico justifica que a la mujer se la declare parte separada del pueblo y ajena a él. Ella contribuye como el hombre, ella padece el efecto de las malas leyes y de los

gobiernos pésimos tanto como el hombre, y en la conservación de la familia, de la sociedad, en la correcta administración del Común las mujeres tienen un instinto privilegiado que las hace superiores por muchos aspectos al hombre. Los inconvenientes de su sexo con tal manera arrogante se aducen contra el otorgamiento de sus derechos políticos que uno imagina que los parlamentarios son inaccesibles a la enfermedad, a la jaqueca, al cólico y a la bolsa de agua caliente. Que los adversarios del voto femenino comprendan de una vez por todas que tambien les duele la cabeza y toman aspirina los declamadores parlamentarios más insignes y no tan sólo por causas naturales sino muchas veces por haberse dedicado a mortales borracheras. Si pueden y deben ser elegidas las mujeres, con razón tanto mayor deben hallarse dotadas del voto, del poder de elegir. Se objeta que primero hay que ilustrarlas. Acepto la dificultad siempre que a los más cretinos, ignaros y espesos compatriotas, a los vastos rebaños masculinos que ni siquiera balan, se les someta a la condición de ilustrarse antes de concedérseles el derecho de votar. Puede iniciarse el ensayo de otorgar el voto, a las mujeres mayores de veinticinco o de treinta años, o puede permitírsele a las de cierta ilustración o a las de alguna renta; pero que se empiece por algo

para que el derecho político ejercitado por las muy amadas, por «nuestra mitad y nuestro todo» revele que las damas también pertenecen a la especie humana y que ser mujer no equivale a formar parte de una baja zoología tolerada apenas por su utilidad como ocurre con las aves corraleras o con animales todavía menos agradables.

XI

Es urgente para mí crear la plena prueba de que no opino bajo la fúnebre urgencia de remendar en abstracto disparates o tácticas que nunca me arrancaron ni un grito, y que mis lamentaciones tienen el sólo objeto de marcar huella apresurada en campos nunca antes visitados ni vislumbrados por mí.

de 1.934

El 16 de febrero me escribía el doctor José Restrepo en su carácter de secretario del partido en Antioquia sobre algunos temas políticos de actualidad entonces. En mi respuesta del 19 —tres días depués—le digo:

«En cuanto al partido, considerado en sí mismo, le informo que he propuesto varias veces a mis compañeros de directorio la necesidad de que este mismo febrero iniciemos la campaña presidencial de 1938 organizando

para ello tenazmente al conservatismo y fijándole un objetivo económico de siete números. Para esto creo necesario que el Directorio Nacional salga corporativamente cada año en la siguiente encuesta: habrá en Colombia veinte mil conservadores de a diez pesos? Y si se suman las conferencias pagadas y las donaciones voluntarias que naturalmente provoca un partido en hervores de auténtico proselitismo, no creo exagerada la cifra. He dicho que el doctor Gómez debe asumir los deberes de su magnífico prestigio y que para empezar nuestra campaña de cuatro años él tiene que salir sin demora por toda la república. Creo también que sea preciso fijar anualmente un programa mínimo de 5.000 mítines conservadores en lugares *cerrados* mientras la restaurada fuerza y el sentimiento de la solidaridad heróica nuevamente despierto, nos permiten votar triunfantes por un Presidente cuyo triunfo, entonces, estaríamos en condiciones de hacer respetar».

Siempre insistí y rogué en el Directorio para que se asumiera la responsabilidad formidable de aventarnos a las plazas, conforme a lo publicado por Silvio Villegas y por mí en un manifiesto célebre (No lo firma Eliseo Arango porque se hallaba en Europa entonces, pero nos escribió mostrándose conforme), fechado el 12 de febrero de

1932. Allí afirmábamos:

«Imposible desconocer en un programa político moderno el movimiento ascencional de las clases obreras. Nuestra solicitud ha estado siempre con los humildes, porque la justicia social es fundamento de todo nacionalismo. En este campo, nosotros superamos las soluciones de izquierda, conducidos por la infalible brújula del ideal católico. Las causas definitivamente victoriosas en la dilatada historia del mundo, son las que desbrozando el frío egoísmo rebosan de cálida ternura humana. El estado no puede sustentarse sobre una sola de las clases que trenzan su complicada estructura". De suerte que no es de hoy y por causas de cesantía como me ocupo de los temas sociales que los doctores Gómez y Palacio no han afrontado. Y agregábamos: "Pero la crisis presente no es de inteligencia sino de caracteres, no es de ideas sino de procedimientos, no es de estrategia sino de táctica, y por eso este manifiesto responde a la necesidad dramática *de resistir con hechos a la disolución nacional*. Queremos un directorio fuerte que imprima en el partido huella profunda y que lo acostumbre a ejercitar la más vigorosa obediencia.

"Nuestro partido está fuera del poder y aspira a conquistarlo. Para esto requiere una imperial disciplina. Antes de dar la ba-

talla es necesario contar el número de los espías y libertarnos de aquellos elementos que por debilidad o por negocio son capaces de convertir una victoria en retirada y una retirada en derrota.

"Nuestra mayor urgencia presente es de agitadores eficaces y responsables. Necesitamos un partido procesional que invada los circos, los teatros, las calles y las plazas públicas en incansable acción democrática, para romper el más fuerte y poderoso silogismo de radicales y socialistas: el dominio de los grandes centros urbanos. El deber primero de los dirigentes es internarse en el país, recorrerlo en todos sus meridianos, para que su acción penetre los misteriosos repliegues de la conciencia pública·

"Conviene libertar a nuestro partido de la tutela parlamentaria que establece una mezcla dañina de los problemas nacionales con negocios ceñidamente partidaristas, lo cual ocasiona descrédito a nuestra colectividad y a la república, al propio tiempo que facilita combinaciones donde juega el presupuesto su papel corruptor. Nuestra política debe definirse por medio de convenciones libres, democráticas y sapientemente elegidas. La necesidad de una asamblea semejante se hace sentir hoy con vigor inusitado y nos vincularíamos a cualquier movimiento auto-

rizado que la promoviera.

«Queremos una disciplina dentro de la oposición, indispensable para cooperar con el gobierno o para combatirlo. Si el partido no define por medio de una convención su política, seremos pronto representados en el gobierno por ministros que no significan sino la traición remunerada. Sin esa coherente y lúcida política que pedimos, continuaremos presenciando el espectáculo de una colectividad movilizada por el presupuesto, que justifica todas las claudicaciones si las respalda o si las premia un sueldo. Para afirmar el prestigio de los dirigentes debe declararse incompatible el carácter de empleado público y el de individuo de las entidades directivas. (Referencia a la Legación desempeñada entonces por Laureano Gómez).

«Nuestra rígida organización presidencial, donde los ministros son simplemente amanuenses o jefes de sección. exige una reforma que atenúe los excesos del poder. Cúan distinta sería la suerte del país si a los dóciles instrumentos del régimen se hubieran preferido los jefes más destacados de nuestras grandes colectividades históricas.

«Un gobierno como el presente, opuesto al sentimiento libre y público de los colombianos requiere conductores que encau-

cen tanta enemistad, que daña y amenaza con singulares peligros si no se ordena por caminos de actividad cívica. Para el propio gobierno es más tranquilizadora la presencia de caudillos civiles, intelectualmente responsables, que le cierren el paso, que la subterránea maniobra de cóleras sin expresión ni elocuencia. Acaso la peor insidia que puede meditarse contra este gobierno deplorable, es cubrir de baldón a quienes hacen la crítica acerba pero civilizada de sus actos. Pensamos que los intereses de la república y los del partido exigen un directorio de agitadores, que se movilice resueltamente contra las equivocaciones y las culpas del actual gobernante. Sólo la presencia del Directorio Nacional en las provincias puede realizar el milagro de recoger un fondo político para las campañas futuras.

«El plan de las izquierdas consiste en acentuar las violencias morales y las coacciones físicas sobre los nuéstros cuando se preparan a sufragar o se congregan en manifestaciones de carcáter político. En milicias y en escuadras se han venido organizando, no sólo con el propósito de amedrentarnos, sino para entrar en acción cuando su delirio de poder lo juzgue conveniente. Se impone una metódica organización defensiva para evitar la dictadura del tumulto y asegurar el dominio de las calles. Las derechas tienen el

deber social y moral imprescriptible de no esperar inermes a que la coacción se ejercite.

«La juventud universitaria debe entrar en la levadura de todos nuestros cálculos de porvenir y ha de entregársele una participación eminente en cada detalle de la acción. Por el número y la calidad, nuestros adherentes de las aulas constituyen el más admirable espectáculo y la realidad más asombrosa de esta época menguada.

«Hemos querido insistir sobre los problemas de táctica política, porque cuando se trata de un ejército pronto a salir en campaña el primero de sus problemas lógicos es el de la organización. Si a esto se agrega que la tierra que ante nosotros se abre es totalmente desconocida y es inmensa, justificados estamos en contribuír a que se descubra su misterio.

«Nuestro mayor anhelo es un conservatismo ascético, limpio y estoico, que sea en la oposición o en el gobierno la reserva moral de la patria. A la juventud, a los dirigentes y a la democracia angustiada les entregamos este mandamiento supremo: SED PUROS.

Bogotá, febrero 18 de 1932.

SILVIO VILLEGAS,

AUGUSTO RAMIREZ MORENO».

Después de esta transcripción de opiniones maduras, nadie osará decir que se trata de forjar un programa destinado a probar la ineptitud del señor doctor Gómez. Pero todavía hay un documento más completo y que moralmente me habilitaría en forma plenaria para obrar como lo vengo haciendo, si yo necesitara de remiendos morales para poder hablar.

Léase esta epístola del 13 de junio de 1935:

Señor doctor don

Laureano Gómez.

Tocaima.

Mi querido, respetado y recordado amigo:

Las noticias muy satisfactorias que hemos tenido sobre su interesantísima salud, me dan el mayor placer y me crean la obligación de volver a plantearle un tema casi olvidado. Me refiero a las condiciones que debemos crearle a la lucha política hoy, bajo el tremendo influjo de la abstención.

Pero creo necesario anticiparle que hay un gran descontento con el Directorio Nacional por su inacción. De todas partes llega la confirmación de nuestro descrédito. Ima-

gino que para usted—como para mí—no hay
juez tan parcial como Silvio Villegas, por la
admiración que lo une a Ospina Pérez y por
el afecto que lo liga a los otros individuos
del Directorio, principalmente a mí; pues
bien: Silvio me dice en carta recientísima:
"Parece que no hubiera Directorio Nacional.
El conservatismo está abandonado a su propio destino. Pero falta el hombre capaz de
ensillar, de que tú has hablado siempre".
De mi parte tengo la sensación física de que
el partido se nos filtrará por entre los dedos, exactamente como lo preví en la Convención de Directorios al comentar la determinación abstencionista que acaba de tomarse. Sólo veo treinta unidades en ciento de
que ahora troquemos la abstención en glo-
ria de nuestra época. Claro que fué obede-
cida, porque era imposible desobedecerla. A
un paralítico se le dice PERMANECE y el
éxito de la orden es instantáneo. El pujante
espasmo de aprobación entusiasta que senti-
mos bajo los brazos, era fuerza de inercia,
como tuve el honor de expresárselo, resto del
impulso que usted le había dado al conser-
vatismo desde el Senado. Pero ahora esta-
mos en el descenso y tenemos que repre-
sarlo.

Igualmente le expresé a usted que la naturaleza de la cosa, la esencia de la abstención, es peligrosa, representa la quietud,

la sordera, la inercia absoluta, como etapa preparatoria de la disolución y que tenemos que hacer violencia a la mecánica de un hecho inicial y trascendentalmente desfavorable. En vez de esa violencia se ha presentado la inacción, el relevo de las tropas, el sueño en los Directorios. No podemos seguir de esta manera, hay que demostrarle a Colombia los prodigios de que es capaz nuestra constancia.

Usted sabe que soy partidario de una política que pueda representarse así: Necesidad de una divisa sencilla y dinámica para el partido, que podría ser ésta: Hay que ganar las elecciones para Concejeros Municipales. El corolario es la acción caudalosa e infatigable. Quinientos o mil o tres mil mítines de aquí a octubre. Porque *de todas maneras hay que ir a las elecciones de octubre*. Para que el gobierno sea cauto en sus persecuciones debemos continuar dejándole la impresión de que si no se modifica la oficina de cédula y de que si no nos dan cédula no iremos a las elecciones; si le hacemos sentir que nuestra resolución es irrevocable, entonces aplicaría su esmero no a estimularnos para votar sino a cegarnos todos los caminos que conducen a las urnas. Pero la consigna secreta y firme y cándida y cruel para el partido, es la de votar por encima de todo. Si no nos dejan sufragar sería la guerra civil

impuesta, iniciada por el régimen contra nuestro partido y esto le bastará para ser vencido. O nos dejan votar y entonces nuestros prósperos guarismos electorales desmoralizarían al adversario y alimentarían con nuevo ímpetu a nuestros amigos. Si la política abstencionista la corroboramos cerrando la casa conservadora, absteniéndonos de manifestaciones, de jiras, de conferencias, estamos en una situación de gran desventaja. Es claro que el daño no sería eterno ni irreparable porque la justicia trabaja por nosotros y las fuerzas rotas, dispersas, encontrarán para polarizarse uno de nuestros hombres en un momento dado más o menos distante; pero tenemos que ayudarle a la justicia.

Esa política de movimiento podría presentar pequeños incidentes de gran repercusión para revivir la fé del partido. He pensado, por ejemplo, que después de la manifestación monstruo con que se iniciaría en Bogotá la gran serie de mítines, invitaría a Eliseo Arango a ir conmigo a Tunja—sitio donde podríamos poner a prueba las garantías del Gobierno—Eliseo ya sé que va, renunciando por ese peligro las comodidades de su Rectoría y esto no sólo restituye a la lucha un gran peleador sino que al partido le daría una sensacion de crisis, de que tene-

mos que plantarnos con talón de granito para que ninguna emergencia sea más fuerte que nosotros.

Mis problemas personales, especialmente el económico, son inmensos. He perdido el temblor sagrado para hablarle al pueblo. Mientras usted viva, mi popularidad no puede ir más lejos, ni yo quiero que vaya más lejos de donde está ahora. No tengo sino sinsabores y compromisos morales e intelectuales por delante *si después de dos instancias, con esta tercera*, se acepta -al fin- que hagamos lo que yo sé en el fondo del alma que salvaría simultáneamente el honor del Directorio y el prestigio histórico del partido. No tengo interés personal en que se acepten puntos de vista que tanto gravan mi conciencia y mis actividades y la tranquilidad de mi hogar, porque mi esposa me creará infinitos problemas sentimentales a propósito de esta gran política de movimiento, de muchedumbres y peligros. Dentro de un mes encontraremos que será más difícil animar al partido y por eso cumplo desde ahora con la sagrada obligación de exponer mis puntos de vista y de ofrecer mi contingente indefinido para que su realización tenga éxito.

Al doctor Andrade ya le he pedido que a cada Departamento pida la lista de los mu-

nicipios con la siguiente anotación al frente: «No hay garantías». «Por la pequeña minoría conservadora sería inútil hacer mítines». «Días de mercado, tales y tales» con el objeto de aprovechar esos días para nuestras manifestaciones. Publicada la lista de los 800 municipios con trescientos y más en que podríamos decir: No hay garantías, ya habríamos hecho algo fundamental contra el Régimen.

Ojalá tanto usted como el Directorio hallen justos mis deseos. Si así no fuere, yo continuaré sirviendo. Esta carta la mostraré al Directorio.

Su soldado y su amigo,

AUGUSTO RAMIREZ MORENO».

Parece que no es posible una mayor continuidad de pensamiento; y si en 1935 yo opinaba con tan penetrante energía sobre la concurrencia a las elecciones de concejeros municipales hoy las razones allí expuestas cobran pesadumbre nueva y mayor velocidad. En efecto: Hoy tenemos a la vista el problema presidencial que no puede ser estudiado racionalmente sino al través de los guarismos y experiencias electorales de octubre. Hacer una movilización total de prueba es fundamental y elemental para establecer sobre supuestos reales la conducta del con-

servatismo en la lucha presidencial. El jefe nuestro quiere un ensayo vacilante e incierto, sin dón demostrativo, predilección extraña en un hombre político responsable....

XII

Son altos mis deberes con el partido conservador en general y con el de Nariño, Cundinamarca y el de Santander del Norte muy principalmente, por haber acogido en 1933 mi nombre para Representante; pero tengo tolimense el alma y en el Congreso llevé con gloria su voz y por eso me dirijo al Tolima donde acaso encuentre lectores hoy cuando no tengo crédito político y estoy desprestigiado. Este documento es una explicación, y sella mi propósito de obrar en lo futuro según este doble principio: El centro de gravedad de mi inteligencia es la doctrina conservadora; pero el centro de gravedad de mi acción será la profesión de abogado y no la disciplina conservadora, la cual queda, hasta nueva orden, abolida como elemento de criterio para mis determinaciones, que serán libres y de las cuales a nadie le reconozco derecho alguno para pedirme cuenta. Después de la Convención del 25 de julio, cancelaré mis actividades políticas, a no ser que los amigos insignes a cuyo servicio estoy desde que entraron al Poder Electoral, decidan que mi obligación moral es defenderlos hasta cuando ellos quieran relevarme, porque entonces obedecería las leyes del honor.

Quiero iniciarme con algunos antecedentes. A fines de febrero de 1933, dirigí con Silvio Villegas un despacho a Aquilino, el del mismo apellido, que no fue del agrado de mi estimado amigo Laureano Gómez, quien se apresuró a decir que Silvio y yo le habíamos apuñaleado por la espalda. Era la víspera de su viaje a Medellín en compañía de Leopardi, y a esta ciudad le escribí una carta que no he encontrado en mis papeles, pero en la que digo:

«Ni Silvio ni yo lo hemos apuñaleado por la espalda. Usted tiene el inconveniente de atribuirle a los demás sus defectos propios. Usted quiere y puede expulsarme del partido conservador y yo lo invito a que lo haga porque no me interesa pertenecer a un partido donde los jefes no permiten opinar y donde los soldados son viles. Me imagino la alegría de sus amigos, de la colonia de calangas que a usted lo visten de chisme. Pero recuerde que teníamos razón, por ejemplo, cuando telegrafiamos a Berlín mostrán-

dole la indecencia de que usted fuera al propio tiempo individuo del Directorio Nacional y de la nómina alimenticia de Olaya».

Esa carta la respondió el estimado amigo mucho después, pero con tranquilidad y cortesía de maneras, acto digno de encomio, principalmente si se tiene en cuenta que se demoró en vencer su cólera hasta poder forjar una contestación impasible.

Aquel remoto antecedente fue bastante decisivo en el curso de mis relaciones personales con el estimado doctor. Cuando se me hizo miembro del Directorio Nacional en 1933 en asocio de Berrío, Carbonell, Gómez y Vélez, el penúltimo decidió no asistirnos con su presencia en la convicción de que sus colegas temblaríamos de pensar en instalarnos. Cuando supo que estábamos resueltos a proceder, no tuvo más remedio que actuar. Comprendo que mi elección le fue antipática, pero que más repugnante era para mi estimado amigo pensar en que yo actuaría.

De entonces a hoy mis relaciones personales con Laureano Gómez han sido perfectamente cordiales, a pesar de que muchas veces hemos estado en desacuerdo. Los divorcios de opinión los veníamos capeando fríamente y con elegancia, como si él y yo fué-

ramos hombres de mundo! (Es para morirse de risa).

Mi sorpresa fue infantil por lo emocionada y terrible cuando me informaron de que Gómez vetaba mi nombre para el Directorio Nacional, porque él y yo manteníamos el mismo tono amistoso y yo no recibí jamás declaración ninguna de guerra por parte de mi estimado doctor. Para sacarme del Directorio anunció con mucha anticipación que se retiraba, suponiendo que como yo me sentía Laureanito, iría al perchero en busca de mi sobretodo y mi bufanda para despedirme también. No daba yo prueba ninguna de corresponder a la obsesión que él tenía de que soy su propio diminutivo y resolvió maniobrar en contra mía desconociendo que dejaba un germen funestísimo y vil porque en lo futuro cada individuo del Directorio podría con táctica hipócrita minar a sus colegas con odiosos y desleales métodos, caminando por túneles, escudando su proceder innoble en la conducta liviana de un Jefe veneradísimo que justificaba su enemistad al sesgo haciéndome el cargo de que yo le DISCUTIA.

En las actas del Directorio Nacional consagré la felonía, en las dos cartas que siguen, y cuyo mérito reside principalmente en que yo ví en febrero lo que acontecería en

junio. Por desgracia el señor Dugand carece de experiencia y estaba en amoroso arrobo con la dignidad que recaía sobre él e impaciente por sentirse individuo de Directorio Nacional de un partido que no fue el de su juventud. Debió su candidatura a la amistad que le profesa Gómez y era un estado de infantil exaltación el de su ánimo. Yo no quise—como se verá en seguida—que el Directorio se instalara. Yo hice la profecía deslumbrante de lo que ocurriría luego; pero el señor Dugand, juraba que Laureano Gómez no hacía falta, que nada le sería consultado, que nuestro prestigio de autoridad excedía la gloria de mi estimado amigo el doctor Gómez. Este le sometió a un portentoso desaire y jugó con Dugand, ofreciéndole que nos instalaba, pidiéndole y aceptándole citas que no le cumplía y demostrando el poco caso que hace del carácter del respetable Dugand.

No vacilo en atribuirle decisiva participación a mi queridísimo Primitivo Crespo en el yerro inicial que cometió el directorio instalándose sin haber despejado el camino del aplastante y supremo obstáculo que torreaba sobre él en la forma augusta de Laureano Gómez. La circunstancia de ser hermano de un héroe como Luis Crespo y la de haber permanecido en la cárcel algunos días, a pesar de su involuntariedad, lo per-

suadieron de que él valía por lo menos tanto como el Jefe reconocido. Tuve el placer de tratar a Luis y comprendo que la paridad que Primitivo establece con su hermano es optimista. El valor personal es en ambos el mismo. Socialmente mi colega de estos meses tiene prendas muy superiores a Luis; pero este lo excede netamente por la inteligencia y por la actividad. Primitivo es abúlico y no es aterradoramente inteligente. Pero lo que coloca a los dos hermanos en el mismo contraste que hacen la luna y el sol, es la fijeza del carácter. La última prueba que de éste dá mi colega, consiste en haberse entregado a Gómez con armas y bagajes, auncuando es el principal responsable del error cometido por sus compañeros de Directorio, lo cual crea para él la obligación de ser el último en rendirse. La amistad de Primitivo Crespo yo la coloco por encima de toda contingencia política y espero conservarla intacta. Como podría creerse que estos apuntes ocurren después de hechos cumplidos quiero insertar una carta dónde aparece que desde antes de la Convención de Cali yo supuse lo que iba a ocurrir, con base en la experiencia antigua que tengo de mi noble y queridísimo amigo. La carta dice así:

«Julio 7

Primitivo del alma: Desde la primera

juventud he tenido en afecto grande tu nombre. Desde la Convención de Juventud Conservadora, en 1921, supe que auncuando no eres un hombre débil, no eres tampoco un héroe para resistir. Mil hechos tuyos nobles me atan con lazos de gratitud tan grande, que te he mirado y te miro como a un hermano.

A todo trance, desde el más pequeño detalle hasta el más grande asunto, quisiste hacer sentir en el Directorio tu superioridad de inteligencia, de corazón y de prestigio sobre tus otros compañeros y ello estaba bien hasta estos días en que todos te hemos notado listo a abandonarnos para ser por siempre subalterno de EL SIGLO. Veo que en Popayán elogiaste perdidamente a Gómez. Acuí se afirma que negociaste tu entrega por intermedio de don Benjamín Rivera, *a cambio del suelto que te permitía aparecer a paz y salvo con el diario bogotano y sus ukases.* (Al partir para el Valle Crespo, salió en EL SIGLO una despedida elogiosísima que naturalmente representaba una conciliación). «Por tu afán de mando se instaló aquí el Directorio contra mis consejos y mis previsiones que constan en las actas. Ahora dicen que sólo buscas rehabilitación para ejercer de nuevo el cargo en el DIARIO DEL PACIFICO y algún puesto en el Directorio Departamental. *Aquí me dijiste que los habías perdido ambos.* Te pido con afán y con amor y con admiración que me digas qué piensas hacer en la Convención. Por tí, sólo por tí, temo que aparezcas cortejando al más fuerte bajo *máscara de unión conservadora y disciplina.* Tuyo a todo trance, Augusto».

En la Couvención Departamental del 11, dos días depués de recibir mi carta, Crespo se retractó de su política según lo publica EL SIGLO. El verbo retractarse es uno de los más débiles y escandalosos del idioma. Pero esta amistad mía con Crespo quiero que permanezca en pie y sin sombra alguna, porque desde hace muchos años él ocupa uno de los sitos más encumbrados en el territorio de mi corazón. Esto lo digo sabiéndome expuesto a un rechazo, porque también publica EL SIGLO que mi perfecto amigo declaró con orgullo que el doctor Gómez le envió recado para hacerle saber que él (Crepo) era su mejor capitán, y yo comprendo que á muchos les interesa más comparecer en filas como los servidores y subalternos de Laureano Góméz que hundirse en la nada como amigos y colegas míos.

XIII

La primera de mis cartas, decía así:

Bogotá, febrero 10 de 1937.

Señores Miembros del Directorio Nacional Consevador,

Ciudad.

Estimados colegas:

He resuelto someterles en forma cordial mi propósito de retirarme del Directorio por tiempo indefinido. En vista de la renuencia del Jefe del Partido para instalar nuestra corporación y para integrarse a ella, tengo que recordar, necesariamente, los hechos públicos que precedieron mi elección.

Un respetable y respetado amigo del doctor Gómez» (me refiero al hábil político señor Alejandro Angel) «expresó muchas veces y a diversas personas que cierta lista era INTOCABLE porque la había hecho el doctor Gómez, quien expresamente anunciaba su deseo de que yo no formara parte del nuevo Directorio. Como no sé de ninguna razón válida para ese veto, pensé en aceptar y he estado dispuesto

a persistir como individuo del Directorio; pero nuestro compañero y jefe ha hecho una declaración que nos debilita: No está resuelto a actuar con nosotros. Desde luego hubiera sido muy interesante que personalmente o por conducto de alguno de los honorables Delegados hubiera hecho sentir en forma categórica ante la Convención sus deseos, para que ella pusiera remedio a este daño. Nos cupo la mala fortuna de ser nosotros los primeros depositarios de tan funesta decisión, cuando lo que *habíamos oído de personas autorizadas* era que el doctor Gómez hallábase listo a formar parte de la suprema Jerarquía, rectificando así su primera voluntad de no aceptar puesto ninguno en la directiva. Aun cuando el doctor Gómez nos hizo saber por conducto del señor Dugand que concurriría a instalarnos, LUEGO SE HA NEGADO A HACERLO. Para este acto de cortesía se le han presentado obstáculos entre los cuales creo contarme, sin culpa ninguna de parte mía, ya que mis sentimientos por él son de buena ley como le consta al partido. En estas condiciones, me borro sin esfuerzo y sin amargura ni cólera. EL DIRECTORIO NO PUEDE VACILAR ENTRE EL DOCTOR GOMEZ Y YO. Por el momento, creo indispensable su gran presencia, porque sin ella nuestra autoridad quedaría DEBILITADA.

Recibiré con beneplácito la decisión de

ustedes y aprovecho la ocasión para manifestar que la actitud del doctor Gómez no debilita ni mi admiración por él, ni mis hondos sentimientos de amigo y de soldado.

Muy cordialmente,

Augusto Ramirez Moreno».

Es posible imaginar actitud más abnegada que la mía? Supe que mi amigo y colega Laureano Gómez no sólo hizo la lista y no sólo declarábala intocable sino que la repartió, menester electoral incompatible con su orgullo y con su gloria. Creo que la carta transcrita saldaba mis obligaciones con el partido y son magnánima reciprocidad al gesto de ingratitud personal y de injusticia política de que Gómez quiso hacerme víctima. Siempre lo defendí con pasión como le consta al Congreso y al país. De 1933 en adelante nadie lo defendió como yo. Nunca insistí en mis puntos de vista, que le entregaba sin pena, después de haberlos expuesto apoyados en razones, porque comprendí en todo instante que el tenía responsabilidades que que no podíamos compartir quienes carecemos de su prestigio. Cito como testigos de que núnca creé dificultades por mi testarudez a todos los que han sido colegas míos en la Dirección del partido durante cinco años. Veamos la respuesta que dieron a mi

carta del 10 de Febrero los colegas del Directorio.

«Bogotá, febrero 12 de 1937.

Señor doctor don Augusto Ramírez Moreno—Bogotá—En relación con su nota fechada el 10 del mes en curso, hemos convenido en solicitarle con ahinco de amigos y colegas que se incorpore a la dirección nacional del partido, dónde su eminente concurso nos servirá para cumplir mejor el mandato que nos confiriera la convención conservadora y sobrellevar la pesada responsabilidad que apareja.

Muy cordialmente,

Victor Dugand, Primitivo Crespo, Eliseo Arango (Noriega estaba ausente).

XIV

A ella contesté así:

Señores Miembros del Directorio Nacional Conservador.

Ciudad.

Estimados colegas: La proposición de

ustedes sobre mi carta del 10 me honra sobremodo y dá la medida de la voluntad de ustedes. Acepto la invitación que me hacen y haré uso de ella lo más pronto posible. Mientras tengo el placer de consagrarme formalmente a colaborar con ustedes les pido atentamente que en el acta del día se inserten mi referida del 10 en que anuncio que estoy dispuesto a retirarme para ayudar a resolver dificultades y la presente en que reitero puntos de vista que les he transmitido desde hace días y que hoy quiero que consten por escrito.

Hay por delante una política presidencial. La Convención nos dió poderes amplios para afrontarla. Frente a ella representamos un verdadero gran poder político, o sean 600.000 cédulas y la esperanza de 300.000 más. Ninguna cosa debe comprometer esa gigantesca fortuna y menos un oscuro ciudadano como yo. La unión aparente y real del partido es necesaria a cualquier precio. La ausencia del doctor Gómez debilita al Directorio, es decir, que el depositario del pesado poder político a que me refiero no es fuerte hoy. El silencio de EL SIGLO ante ustedes me reafirma en esa idea. Entiendo que ustedes han aceptado ese silencio como una cosa natural, cuando yo profeso que es indispensable para el partido y para nuestra

grave faena el apoyo entusiasta del periódico que sólo en Bogotá funciona como diario conservador. Los sacrificios de amor propio que habría que hacer hoy para entregarle al doctor Gómez la Jefatura única, *serán mucho más grandes mañana* y, por eso, más difíciles. *Vamos rápidamente a una división entre EL SIGLO y el Directorio.* Yo sé que la situación será remediada por la abnegación de las dos partes; pero me parece político evitarla. El Directorio no fué bien recibido por el Jefe del Conservatismo y por eso, aconsejé en tiempo y después de la hostilidad evidente para instalarnos, que lo llamáramos a asumir todas sus responsabilidades, *dejando en él* los poderes que nos fueron confiados. Entregarle íntegra la función directiva al doctor Gómez, satisface hoy al partido. Con el hecho de instalarnos y de asumir la autoridad plena, parecemos estar demostrando que no importa la ausencia del Jefe y esto puede ser impolítico y peligroso. Cualquiera equivocación *servirá de pretexto para arrasarnos o para tratar de hacerlo y no saldríamos entonces del Directorio espontáneamente sino con violencia en una hora de crisis.* En el caso de que el doctor Gómez rehusara asumir las responsabilidades de su condición de Jefe, el camino estaría despejado para la tarea delicada y trascendental que nos espera.

Mientras puedo tomar directamente responsabilidades políticas al lado de ustedes, me suscribo como su amigo cordial,

AUGUSTO RAMIREZ MORENO.

XV

La carta revela mi persuación. A la luz de los hechos fulgura como una profecía. Fue entonces combatida y no fue aceptada. A Silvio Villegas le envié copia de mi correspondencia con el Directorio y me contestó en la siguiente forma:

«Manizales, febrero 20 de 1937.

Mi querido Augusto:

Desde hace días estaba por escribirte, pero la noria del diarismo deja tiempo para todo, menos para escribir más. Con toda atención he leído tus cartas y aunque me parece generoso tu gesto, no estoy de acuerdo con tus apreciaciones. Creo que el deber del Directorio es reunirse y trabajar sin descanso, ahora más que nunca, sin tener en cuenta la deplorable conducta de nuestro gran jefe. La actitud de la prensa de Bogotá no influirá en nada, mientras puedan contar con el respaldo y el apoyo de los periódicos de provincia y de ciertos jefes, cada día más

influeyntes en los Departamentos. El capital político del doctor Gómez es hoy su inmenso prestigio y él no puede sacrificarlo por divergencias insignificantes y ridículas, si tiene en cuenta los intereses recomendados a ustedes. Aquí estamos identificados todos en estas apreciaciones y nuestra conducta será inquebrantable en este sentido.

Siempre he creído que te equivocas mucho al juzgar tus relaciones con el doctor Gómez. El nos tolera pero nos tiene mucha antipatía y hoy más a tí que a mí porque ha sufrido el choque de tu personalidad en el Directorio, y de tu irreverencia. A él le encantan X, Y, Z, etc. Siempre que puede se expresa mal de tí. Pero el partido lo necesita y hoy por hoy nada podemos hacer. Por lo demás el doctor Gómez es un hombre impasible, frío en sus odios implacables y en sus tibias amistades. Necesita servidores y los acepta. Nada más.

Viste cómo resultó exacto mi concepto sobre su renuncia estratégica y tengo la certidumbre de que hubiera aceptado la jefatura única del partido, lo que tampoco es una solución. En estos momentos está mejor el Directorio que el jefe, porque ahora tenemos que ir con la prudencia de un gato sobre un tejado.

El doctor Gómez le escribió una carta al doctor Aquilino Villegas, de la cual he te-

nido noticia por Alfa y por Omega, donde le dice que está de acuerdo con él en sus ideas sobre las derechas; ataca rudamente a la última Convención y declara *que ignorará totalmente el nuevo Directorio en* EL SIGLO *y que no actuará por ningún motivo con sus colegas*. Agrega que los derechistas en la Convención fueron unos auténticos malhechores y que por los medios más indebidos hicieron aprobar aquella proposición anodina—según mi concepto—, y que él rompió por considerarla como un papel odioso. Le dice, eso sí, que suspenda su campaña contra las derechas, porque no conviene ahondar las divisiones dentro del partido. En este punto, la Convención y Gómez sufrieron una doble equivocación. Yo no sostengo ninguna polémica con el doctor Aquilino Villegas. Ignoro y perdono los agravios que me hace, antes en público y ahora en privado y mis relaciones son inalterablemente cordiales con él. Laureano cree que yo tengo vinculada mi vanidad a la fórmula «*no hay enemigos a la derecha*» y que vivo hostilizando al doctor Villegas con este asunto. Los delegados H., J. y K., tienen el concepto más desolador sobre su falta de grandeza para juzgar los problemas políticos y este de las derechas, de manera especial, pues todas sus objeciones son de carácter personal, como son las que ahora le hace a la Secretaría de Alzate.

Debemos procurar que todas estas cosas se vayan eliminando por sí mismas, pues son infinitamente pequeñas comparadas a la hora cargada de responsabilidades y de peligros que estamos viviendo. La muerte del doctor Olaya Herrera nos despeja muchas incógnitas, pero temo mucho que no sepamos aprovechar las ventajas que nos ofrece el destino. Nuestra política debe ser tan cuerda como intrépida. Sólo nuestra insensatez puede salvar ahora al liberalismo, pero creo que el doctor Gómez no nos dejará obrar, pero aquí sí es muy posible que el partido se imponga contra él». (Caldas ha sido un ejemplo y un pendón. La profecía de mi fraterno amigo se ha cumplido).

«Nuestro deber es hacer posible un Régimen que nos garantice el máximo de probabilidades electorales. Creo que hoy nadie duda de la obligación en que estamos de hacer una coalición con el grupo liberal más afín en las próximas elecciones presidenciales'

EL SIGLO venía observando una conducta inteligente y previsora ante la candidatura Olaya, sin combatirla, confiado en las favorables alternativas que podría ofrecer la derecha liberal. No es la hora del soberbio Aquiles, sino la de Odiseo cauteloso, capaz de convencer a Filoctetes de que le entregara las flechas de Hércules.

Esta carta la he escrito velozmente, pero he sido explícito y claro, porque así lo exige la obligación que tenemos de no equivocarnos.

Es muy posible, por lo demás, que perdamos todo nuestro trabajo. La política colombiana está hoy demasiado polarizada, para crear un clima de entendimiento entre los dos partidos. Lo único grave sería que se nos pudiera reprochar en lo futuro no haber hecho un esfuerzo útil y oportuno para salir de donde hemos llegado. Por el momento, callemos y esperemos. Muéstrale a Eliseo.

Recibe un estrecho abrazo,

SILVIO»

Hay tal grandeza genuina de pensamiento y de expresión en todo cuanto Villegas opina, que no he vacilado en transcribir íntegra esa joya epistolar. Cualquiera habría vacilado en la actitud asumida, pero soy terco y respondí así, en lo tocante al problema del Directorio.

XVI

«Febrero 24 de 1937

Mi querido Silvio:

Me refiero a tu carta del 20. Me parece

que la única manera como el Directorio puede trabajar con éxito, es siendo libre, esto es, responsable, esto es, autónomo. Ayer dijo el Ministro de Educación a nombre del Gobirno, que el artículo del doctor Gómez representaba no sólo que la lucha contra Olaya había sido una medida táctica inescrupulosa, sino también un cambio fundamental en la política de mañana. Hoy EL SIGLO, en nombre del partido, rectifica. Al conservatismo no lo dirige el Directorio, sino la gaceta del doctor Gómez. Es cierto que viviendo en Bogotá se desenfoca la provincia; pero viviendo en la provincia se pierde de vista Bogotá que es sede del Gobierno y de los más intensos prestigios políticos.

El doctor Gómez netamente supera a todo el Directorio unido por su espléndida fama. La carta a Aquilino en que el hipócrita jefe del partido declara que EL SIGLO ignorará al Directorio y que él no formará con sus colegas, saca adelante mi sentido político. Antes de que nada hubiera pasado, cuando la carta a que aludes ni siquiera estaba escrita para Aquilino, y cuando el doctor Gómez declaraba como hoy mismo su simpatía y su apoyo al Directorio, yo les dije a mis compañeros: Seremos saboteados. Y mis palabras fueron de una certidumbre luminosa. Mi pregunta es esta: Conviene que seamos saboteados? Patriótica y políticamente con-

viene que el Directorio actúe mientras el *doctor Gómez conspira contra él,* auncuando en las provincias sea popular? No es mejor que empiece a actuar el Directorio cuando el camino le quede despejado? Ahora bien: Yo sé con la evidencia de mi instinto, que si le cargamos la jefatura única en las espaldas al doctor Gómez, su hostilidad se quiebra. El pondrá el periódico a órdenes del Directorio, con tal de que no le dejemos encima un peso que lo abruma porque él es de cartón en política y de basalto en el parlamento. Su terror de la jefatura única lo llevará a pedir auxilio. Desde ese día el periódico conservador de Bogotá no debititará a la suprema jerarquía con su sabotaje y el partido no estaría dirigido por una gaceta sino por un Directorio digno del nombre.

Infortunadamente tú no lo entiendes así, porque profesas con Crespo que el Directorio tiene más prestigio que el doctor Gómez. Eliseo piensa conmigo y no fué partidario de que nos instaláramos; pero tú lo conoces: Escéptico y cordial, no se entusiasma por materias contingentes.

Es claro que la Provincia secunda al Directorio; *pero sólo mientras ignore que el doctor Gómez le es hostil.*

En todo caso EL SIGLO con sus actuales quince mil ejemplares de tiraje diario

sabotea deslealmente al Directorio y lo que yo he buscado por un medio seguro es que simultáneamente las provincias y EL SIGLO secunden al Directorio. Desde el instante en que sepa el doctor Gómez que le dejaremos la Jefatura Unica y sin posibilidad de convocar instantaneamente una convención que acaba de disolverse, tendrá un mal estómago.

A él se le aflojan las piernas porque mil veces ha dicho que no se le ocurre nada, que su imaginación y su salud están agotadas y, en tales circunstancias, la mala fé del tipo no le alcanza para coger un fardo que lo aplasta. Desde hace meses uno comprende que el gigantesco parlamentario, en política es apenas un cucarrón con hélice de sesquiplano. Por el momento *mi certidumbre es que se aprovecharía el doctor Gómez de cualquier yerro del Directorio para arrasarlo.*

La situación es que el doctor Gómez manda en el partido y que hay un Directorio que tiene la responsabilidad, situación deliciosa para el Director de EL SIGLO. Ni tú ni mis compañeros de Directorio lo entienden así, y es posible que *sea yo el equivocado* (qué divina modestia!) «En todo caso Dios me es testigo de que las dificultades que he suscitado tienen en cuenta solamente el bien del país y la unión cordial, realísima y aún aparente, de las fuerzas de derecha. Profeso con toda el alma que aún la

simple apariencia de desacuerdo, representa un grave perjuicio para Colombia y compromete cualquiera política por sabia que sea.

Cordialmente te abrazo,

AUGUSTO».

XVII

Considero que ha llegado el momento de mirar en concreto el caso de la llamada claudicación del Directorio y de la cooperación electoral.

Primero hay que tener en cuenta que la oposición no coopera cuando tumba ministros en el parlamento y cuando vuelve astillas el crédito del gobierno. Si se ponen los medios para que al congreso vaya el mayor número posible de enemigos del régimen tampoco se coopera. Sostener, como lo hace el jefe del partido, que en este supuesto se coopera, es colgarle también sambenito de claudicantes a quienes sufragan. Es el sufragio un complejo de actos preparatorios, concomitantes y subsiguientes. No se puede afirmar que el que obtiene su cédula protesta y el que vota coopera; ni tampoco que el que escruta se bate y quien sufraga se entrega. Es imposible separar en sus componentes el

sufragio para dar a unos categoría felina y para llevar a otros al hormiguero.

El que votó —en Nariño, en el Tolima, en Santander del Norte o en Cundinamarca— por mí para Representante, cooperó con el gobierno del doctor Olaya Herrera? O el copartidario que me escrutó andaba en busca de piltrafas? Por el hecho de sufragar entre dolores y de escrutar entre fraudes, reconoció que no se habían ejercido en vasta escala, fuerza, falsedad y engaño? El doctor Laureano Gómez ha falsificado maliciosamente el problema cuando vierte el aborrecido nombre —cooperación— a propósito de los actos eleccionarios del conservatismo. Si quien vota no coopera, si quien vigila escrutinios por ministerio del proscrito, no busca piltrafas y lo esencial de esos actos precisamente es lo contrario, se falsifican acerbamente, por despecho y con descaro, la realidad y la justicia y la elegancia, hablando con malicia y mentira de que cooperan quienes como yo pueden darle a Gómez, y a cualquiera otro de sus conciudadanos, ejemplo de heróica abnegación y de lógica pluscuamperfecta en el decoro. No recibió Gómez de Ospina la legación en Buenos Aires después de haberlo mostrado como a reo de crímenes? Es pulcro y decoroso aceptar mercedes ilustres de quien fué ultrajado pocos días antes por el beneficiario de la merced? Esa plenipotencia

argentina es uno de los más audaces actos de elegancia y delicadeza que recuerda el país, y razón biográfica tiene quien juzga que otros atacan y asedian con ruda y casta buena fé, para hacerse premiar, con alamares y con níqueles, períodos de silencio inesperado.

Si no basta la evidencia de que no coopera la oposición en los empleos electorales y parlamentarios, piénsese en que Gómez fué individuo del Gran Consejo Electoral bajo Olaya y bajo López. Colaboró por ello o absolvió al régimen de alguna culpa contra la pureza del sufragio? No. Carece pues de autoridad intelectual para cometer ahora la falsificación o el sofisma de que se ampara, con ánimo de vengarse en mí de la tranquilidad con que le discutía, hecho que ordenó fuera castigado con la toma de mi cabeza. Gómez por motivos personales, por resentimientos injustos, le dió una peligrosa sacudida al partido. Necesario era darle apariencia de razón a su desconsiderado furor y ha inventado la grotesca pamplina de que el sufragante y el escrutador de Laureano Gómez colaborarían con el régimen Olaya-López. Aniquiló al Directorio y suscitó un plebiscito grandioso falsificando la verdad ante los ojos de un partido que lleva su horror de salir a la calle a cualquier extremo auncuando al término de ese extremo halle el Limbo. La estúpida actitud de mis copar-

tidarios para ser cambiada, requiere medios de expresión muy demostrativos y vigorosos; por eso tengo que preguntar también: Quién colabora más: El parlamentario que devenga o el pobre individuo del poder electoral que carece de toda remuneración? Pues el parlamentario. Fué Gómez parlamentario? Sí. Colaboró? No. Si volviera a hacerlo, devengando y todo, puede afirmarse de él que cooperaba? No. El poder electoral que quiere vigilar elecciones y escrutinios para que Gómez pueda ir a mandar de nuevo en el Congreso, coopera? El partido responde: Sí. Porqué? Porque el jefe así lo ha dispuesto.

XVIII

Si no es bastante lo que consta en razones y en hechos para probar la malicia con que se ha procedido, reléanse dos importantes documentos, a saber: La autorización que dimos a los consejeros electorales y la constancia decisiva que éstos hicieron al encargarse de sus labores. Claramente figura allí para los contemporáneos y para la historia que no se trata de someterse a una situación de inferioridad, ni se reconoce tampoco ninguna virtud fingida, nula e inexistente al adversario. Algunos pueden decir que cuando EL SIGLO produjo esta palabra

claudicación o este verbo cooperar o este adjetivo piltrafero, los empleaba el ex-plenipotenciario de Ospina y de Olaya en el sentido de que se daba al gobierno de López una credencial de buena conducta electcionaria. Aceptemos que la arbitrariedad de un hombre urgido por móviles inconfesables tenga el poder de dañar y tergiversar el significado de palabras conocidas intimamente. Está bien: piltrafero quiere decir certificado de buena conducta. Pues todavía estamos ante un sofisma, es decir, ante una mentira, porque constan solemnemente los certificados de mala conducta que se le dieron al régimen. Lo dicho: Unicamente quiso o gobernar sin responsabilidades al través de un directorio de mecanógrafas o arrasar al hombre que discutía.

No es posible imaginar carácter más agradable y suave que el del amigo Laureano Gómez cuando trata con sus colegas. Nunca desea imponer nada. Pero esa bondad tiene un precio: no disentir de lo que se sugiere. Divorciarse es una falta. Por eso decía: «Después de cuatro años de estar en el Directorio con Augusto, estoy agobiado mentalmente porque él me lo discute todo». Esto es mentira. Apelo a Carbonell, a Vélez, a Ospina Pérez, a Carreño. Discutí, pero siempre con respeto y *sólo una vez* me abstuve de entregar mis opiniones. De resto, siempre, con buen humor gentilísimo, prescindí de adelantar la polémica. He citado cuatro grandes testigos cuyo silencio tomaré como respaldo. Por otro lado, es ridículo que el león que dominaba al Senado, declare que está agobiado de discutir conmigo. Eso es hipócrita, no tiene consistencia.

Ama que se le obedezca por las buenas y es completamente inepto para el mando. Explota simplemente la cobardía de un partido que quiere leer, acostado, ultrajes contra el adversario y que también ama que se le obedezca por las buenas. Ante esa armonía, lo único que puedo hacer es retirarme. No puedo renegar de mi inteligencia. Conservador nací, fuí, soy. Pero que se me permita detenerme, hacer una pausa, no seguir huyendo, porque ya estoy reventando de correr.

XIX

El regreso a las urnas tiene un supuesto electoral y uno de choque. Recibe satisfacción el supuesto electoral cuando el Directorio responsable ha planteado solución adecuada para cada uno de los actos o problemas que esencialmente implica la función del sufragio hoy en Colombia. El Directorio Nacional consultó al partido si deseaba votar

y la respuesta fue afirmativa por unanimidad. En lo que toca a la participación del conservatismo en las corporaciones electorales no hubo respuestas adversas y la mayoría fue explícita respecto a la participación. Mi punto de vista es que auncuando este último requisito no se hubiera satisfecho, el Directorio era libre para obrar, porque podía y debía asumir las responsabilidades de hacer cuanto creyera necesario para darle gusto, en las mejores condiciones, al partido anhelante de votar. Por otra parte, la voluntad eleccionaria tiene su lógica implacable al mismo título que la voluntad de abstenerse. Quien quiere votar, aspira a que le den título para ir a la urna, quiere acercarse a la urna, y necesita que su voto se escrute para que sea eficaz. Cuando el partido afirma: quiero votar, no representa con ello simples deseos de cédula y de urna e inapetencia de escrutinio, porque esto último hállase fatalmente implicado en aquello.

Ninguno de los políticos conservadores fue tan partidario como yo de la *necesidad* de la política abstencionista, porque comprendí que era el partido un caballo cansado y ulcerado que no soportaba ni siquiera el galápago, urgido de largo y completo reposo. Yo insistiría de nuevo en la política abstencionista y no reniego de ella. Fuí partidario de que concurriéramos a las eleccio-

nes municipales en 1935. Hay alguna contradicción en que lo desee también en 1937? Es prueba de insuficiencia y despechado signo, urgir al auditorio con las apariencias de una contradicción, cuando no hay ni una sola en mi corta pero intensa vida de conservador calavera y denodado. Queda establecido, como un monolito, que votar no es cooperar, que vigilar no es cooperar, que escrutar no es cooperar, que orar y perorar contra el régimen, es todo lo contrario de cooperar. Queda establecido, como un monolito, que personalmente mi actitud es tenue hoy, comparada a la de 1935 que consta en pruebas plenarias y solemnes. Queda establecido, como un escándalo, que la suspicacia, como una cocinera, sopla humo asfixiante, persuardida de que un monolito se combate con gases. Veamos ahora la actitud del partido.

El señor doctor Gómez ha dicho que hemos rectificado nuestra línea de conducta ante el gobierno de López. El único que ha rectificado es él, porque el conservatismo siempre miró con desconfianza al actual Presidente. No comprende el jefe o quiere no comprender que el conflicto entre el partido y la abstención es ajeno completamente a la actidud del partido ante el régimen, actitud que no se cambia, ni se disminuye, ni entra en juego, ni está en jaque. El partido quería

votar, lo cual implica que aspira a las mejores condiciones para hacerlo. El resultado de los comicios municipales en 1935 no podía ser una meta para el Directorio Nacional, porque el guarismo fué pordiosero entonces.

El supuesto electoral que fatalmente comporta el regreso a las urnas, que yo quiero episódico, representa que debemos sistematizar y ordenar los actos preparatorios de la votación, los actos mismos del sufragio y los actos de escrutinio. El doctor Gómez quiere que simplemente atendamos en fragmentos los actos de la primera etapa y abandona genialmente en manos de los liberales la votación y los escrutinios. Es ello inteligente? Nó. Pero se dice entonces que crearle ámbito moral a la urna misma y acudir al escrutinio es hediondamente indecoroso.

Como no tenemos confianza en el gobierno ordenamos que sean vigilados sus agentes electorales. Gómez habla de que se autoriza la votación conservadora donde quiera que haya garantías. Quién le tiene más confianza al señor López? Quien tácitamente asegura que en muchos municipios hay garantías o quien presume que no las hay en ninguno? En vista de tantos raciocinios eficaces que destruyen la falsificacion que

hizo Gómez del problema, no queda otra explicación que la ya expuesta. Obró por motivos íntimos y no quería que persona distinta de sí propio pasara la nómina de los candidatos conservadores para el Gran Consejo Electoral. En cuanto al supuesto de choque que las elecciones comportan, sigo fiel a las ideas expresadas en mi discurso del Teatro Caldas cuando propuse la formación de nuestros columnarios.

XX

Si realmente se hallara el partido con moral de lucha bastaría con que su hombre más notable y prestigioso diera orden de abrir una huelga de impuestos, para que se procediera a ella. Tal política represiva se justifica en moral estricta y tácticamente. De antemano sabemos, con certidumbre categórica, que no sería obedecida la consigna y esto nuevamente prueba que la disciplina de inercia o de fuga es la que hoy los conservadores aman y atienden. A pesar de convicción tan desolada, en mi conducta he obrado por fidelidad y por amor con nuestros sacrificados, con nuestros proscritos, por quienes han saludado en mí —como en otros— no la venganza pero sí la protesta.

Yo confío en que hombres como Silvio Villegas le han amargado el vino a los atroces usufructuarios del poder. Sólo por ternura con la Patria he obrado y mis imprecaciones contra la violencia y contra la perfidia enemigas han sido gritos de solidaridad. Nunca he aprovechado la confianza del partido con la mira puesta sobre el doctor Laureano Gómez o contra sus amigos. El Directorio Nacional nunca quiso molestarlos. Al contrario: Siempre tuvo presente que era político y elegante agradarlo constantemente.

Después de haber declarado en repetidas conversaciones con Eliseo Arango y con el doctor Alzate Avendeño que era preciso hacer caso omiso de él, porque su salud y su falta de imaginación y su periódico eran otras tantas prohibiciones políticas, morales e intelectuales, seguía informándosele de todo. Nuevamente aconsejaba que se asumieran con valor nuestras responsabilidades directivas. Y ni aún así obrábamos con libertad. En todo caso jamás quisimos mortificarlo. Repásese la nómina de los directorios departamentales nombrados por nosotros. El del Huila fué consultado en cada una de sus dos reintegraciones con el señor gerente de «El Siglo» y se nombraron los directores como él quiso. En Boyacá, en el Atlántico y en Cundinamarca se dió cabida plena a los más

adictos amigos del doctor Gómez. Esas actuaciones demuestran con plenitud que no tramábamos nada y que no había complot como lo afirma mi sereno amigo Aquilino Villegas.

Si hubiera sido nuestra actividad, no la digna de directores de partido que sólo consultan la honradez y el prestigio para hacer designaciones de tánto influjo, sino la de conspiradores, en las cuatro ocasiones en que nos correspondió hacer nombramientos de Directorios Departamentales, habríamos inspirado nuestro escogimiento en el torvo criterio propio de semejante carácter. Lo más admirable es que procedíamos con tan solemne buena fé, al tiempo que sabíamos, como aparece probado, que el doctor Gómez conspiraba hipócrita y deslealmente contra nosotros.

Todo el partido quería votar y comprende que debemos tener auténticos funcionarios electorales. El doctor Gómez dijo que ello equevalía a limosnear piltrafas y el partido escupió sobre nosotros. Esa impía saliva no mancha nuestros nombres: parece una lágrima de animal crucificado Testimonia un martirio que hemos compartido y aun cuando nos duele, no lo ocultamos, ni buscamos que se ignore o se olvide. Pero seguir

expuestos a que nos escupan gentes de rodillas, es una tragedia para el sistema nervioso, a lo cual no me someto.

XXI

Me parece evidente que somos la mayoría en el país. En las elecciones presidenciales de 1930 el candidato Olaya obtuvo sufragios liberales, conservadores y socialistas. Así y todo, los votos conservadores—bifurcados—completan una suma claramente superior a la coalición.

Con el doctor Olaya brota la violencia. Pero el partido logró mayorías inequívocas en 1931. Mas ya no fue la violencia sola, sino también el corruptor halago. Nuestras mayorías parlamentarias no pudieron ser desconocidas pero sí pudieron ser traicionadas. Yo pido que se mire dónde están hoy los traidores, de qué lado militan.

Bajo el hierro fratricida, el partido desangrado no perdió el ímpetu; fue privilegio aborrecible de los protagonistas de la entrega parlamentaria, desmoralizar la esperanza, que tuvo nuestros corazones por estribos. Quienes conservaron la fé y de ella hicieron mortaja para los cadáveres de nuestros

hermanos supliciados, no pudieron resistir el punzante golpe de las aleves manos amigas que nos hirieron por la espalda. La desbandada parecía inminente, cuando Laureano Gómez aparece, ahija y amenaza. Sobre la colina de nuestra cólera, con las alas abiertas y con el inflexible ojo volante, es ave de altanería, un gran pájaro heráldico que hunde las garras como esclusas para evitar la dispersión.

En este sitio quiero recordarle al partido que las elecciones de 1931 fueron ignominiosas y crueles. Hubo matanzas resonantes. Laureano Gómez, empleado entonces del doctor Olaya, le dirigió una carta felicitándolo. Con dos grandes y célebres amigos le mandé un cable haciéndole ver cómo era incompatible su cargo en el Directorio Nacional con el carácter de empleado público que él no necesitaba porque desde la infancia ha sido rico. Ni siquiera respondió. Al regresar explicaba, y explica todavía, su renuncia de la legación en Berlín, diciendo que é rehusaba figurar en un escalafón diplomático donde aparecían hombres como los ministros en Quito y Buenos Aires. No renunció, pues, por los asesinatos que fueron ignorados o cohonestados por él, sino por motivos de amor propio. Se equivocan los tontos que agradecen el abandono de la plenipotencia

en Alemania como un acto de solidaridad con nuestros dolores, porque fué apenas un acto de fé idolátrica en su vanidad.

Mientras Gómez devengaba en ultramar, Silvio Villegas, Eliseo Arango y yo recorríamos con peligro de nuestra vida el país, organizando la última victoria que costó en vidas humanas un guarismo sin valor a juzgar por las felicitaciones que le impartiera a Olaya Herrera nuestro jefe y por la circunstancia de que todavía, meses después, no se diera por notificado del precepto de elementalísima decencia que se le recordó a Berlín por cable, sin éxito ninguno.

«El País», baluarte, trinchera y avanzada, se fundó por la oposición martirizada mucho antes del regreso de Gómez. El partido no puede olvidar esa ejecutoria de Mario Fernández de Soto y de Carlos Gómez Martínez.

XXII

Tenga el partido en cuenta que desamparados de la presencia hermosísima del prohombre, empezamos la tarea de crearle a los conservadores una mentalidad de oposición. Fueron tiempos de brega atroz en que el único auxilio material que recibimos fueron

los delitos cometidos por el régimen. Viático de los espíritus en ese viaje cruel fué la impunidad. Y fué gracias a hombres inmaculados y desprendidos como logramos la exclusiva del prestigio moral. Pero es claro que no se requiere esfuerzo ninguno, porque es un placer, abstenerse cuando se es rico y están mermados decisivamente los dones fonéticos Ha sido la mía, en cambio, una frugalidad orgullosa y dolorosa. Sobrepujé y vencí la teoría corriente de la felicidad y de la vida. Nadie en este país puede hablarme de elegancia moral y menos el poderoso empresario y rentista que piensa en la explotación de su periódico primero que en acudir a las convenciones del partido. El doctor Gómez se ha independizado del tesoro público por su riqueza. Yo por mi desdén. No soy un gordo satisfecho y devorante, sino un hombre abstinente capaz de sacrificios.

XXIII

Es necesario tener en cuenta que al partido no le importan algunos antecedentes preciosos. Dá la fortuna de que en cuenta serán tenidos por la historia. Discutíamos la pacificación de Arboledas, Carbonell, Gómez, Vélez y yo. Eran las once de la mañana. El

presidente de nuestro directorio presentó de su letra y dictada por Alfonso López la fórmula a que habían llegado por delegación de los dos partidos. Gómez narra los antecedentes y expresa que se llegó a un punto en que el acuerdo estuvo roto. Ya salía nuestro negociador, cuando López insiste diciéndole poco más o menos:

—De la aprobación de ese acuerdo, seguirán muchas cosas buenas.

El jefe conservador se detiene y pregunta:

—Cuál sería su fórmula?

López:—Venga se la dicto.

Gómez la escribe, la acepta y la trae para nuestra aprobación. Carbonell y Vélez acceden. Yo rehuso mi firma. Son las once del día. Mi estimado colega me hace el cargo de que procedo por capricho.

Replico: No puede usted afirmarlo, porque siempre me apoyo en razones.

Gómez:—Es que usted doctor no es nada *alfonsista*.

Yo:—Cómo hago, doctor, si en este cargo de director de partido soy responsable inclusive de la culpa leve? Yo como padre de familia no firmo una escritura en que lo principal quede implicado y en que sólo aparece lo menos importante. Por lo demás el doctor López no me inspira confianza.

Gómez:—Cada vez que hablo con Alfonso creo encontrarme ante un grande hombre. Cuanto dice es extraordinario: En política internacional y en política interna.

Yo:—Asumo la responsabilidad de no firmar ese pacto.

Gómez:—Y yo asumo la responsabilidad de firmarlo.

El impase era agudo. Recuerdo que Carbonell y Vélez llamaron a Jiménez López y a Mario Fernández de Soto para ayudar a resolverlo. Logré algunos cambios. Cedí en otros puntos de vista. A las cinco de la tarde estaba hecha la nueva fórmula, que fracasó por la intervención de tercera persona.

El doctor Gómez obligó al partido a no atajarle el paso a Alfonso López. Guillermo Valencia, Aquilino Villegas, Fernandez de Soto y otros pueden testificar que estuve dispuesto, al lado de ellos, a entrar en una combinación con el presidente Olaya y que Gómez salvó la candidatura del gobernante que reemplazó la idea de patria por la idea profusa y estrecha de un liberalismo de frente popular. El partido consideraba que no en vano se trata íntimamente durante veinte años a un amigo. El desenlace de la perspicacia de nuestro prócer fué la pregunta: «El señor López me ha engañado?». Tiene derecho sin duda a dirigir un partido que lo

ama y lo aclama a pesar de un desacierto que nada justifica; pero su decoro debió impedirle que gobernara por más tiempo a la víctima de su reconocida ineptitud. Qué opinaría el implacable censor, de un gerente que desoye a la junta directiva, que obra en contra de ella, que responde por todo y que como resultado de su perspicacia presenta dos millones de pérdida y la duda sobre si había sido o nó engañado?

No de ahora sino desde hace mucho tiempo afirmo que el estimado amigo doctor Laureano Gómez no es un político. En todas partes; en todos los tonos y en todas las épocas lo he afirmado. Piénsese en los frutos de su ínfima astucia. O bien, óigase esto: Suscita la candidatura de Eliseo Arango para derrotar la mía en el Directorio, seguro de que la convención *«me sacaría del juego»*. Y me eligen por gran mayoría, a pesar de que la importante delegación antioqueña me repudiaba en nombre de razones que ignoro. Elegido Arango, el doctor Gómez presupuso que obraría como un secretario personal suyo y mi compañero insigne demuestra la primera oportunidad que respecto a él Laureano Gómez igualmente se ha engañado. No recuerdo de ningún ejemplo colombiano en que tan vasto poder político haya caído en manos de alguien más aparatosamente cons-

truído para equivocarse. Compárese con Carlos Holguín, con Jorge Roa o con cualquiera otro de los políticos del partido. Es una grande inteligencia y un carácter mineral al servicio de la confusión, del miraje, de la soberbia, del más vano y sonso optimismo.

El doctor Gómez atacaba en la prensa liberal a los jefes del partido, hasta rendir su reputación entre hienas. Si yo usara de la prensa liberal para hacer el moderado elogio que estoy haciendo de quien por ciertos aspectos es una gloria de la república y también un prohombre, sin injuriarlo jamás como él lo hizo con sus jefes, de seguro el partido me decapitaría. Por fortuna ya no puede hacerlo, porque auncuando me declaro su corifeo para fines académicos y de ética, escapo decididamente a su jurisdicción disciplinaria por medio de esta retirada en belleza.

No tengo inconveniente en declarar abatidas íntegramente las razones y censuras que pueden usarse contra el jefe doctor Gómez. Pero hay una que estará siempre en pié: El declara haber sido engañado por más de veinte años; del engañador se expresa como de un carácter grande y de una inteligencia extraordinaria durante ese tiempo; y respecto de algo tan desconocido e irreal como el futuro, pide que se le declare indis-

cutible, único y se parea con don Antonio Maura. Si lo que conoció, ahondó, frecuentó y dominó lo engaña durante veinte años y no en materia leve sino en lo más fundamental y esencial, y si de tal engaño se desprendieron daños mayúsculos para un millón de hombres que en él confiaban, tiene título intelectual o justificación en la delicadeza, que aspire a seguir mandando y que vete a quienes le discuten y que llame claudicantes y piltraferos para deshonrarlos a hombres puros que moralmente valen por lo menos tanto como él? Se opuso tenazmente a toda combinación con Olaya, quien detestó siempre a López, accedimos, y ni siquiera rindió cuentas, ni propuso renunciar, ni dijo un cortés y protocolario «Mea Culpa»; y porque yo le discutía en el Directorio me vetó faltando gravemente a la amistad, a la política y a la elegancia, y como el Directorio quiso reunirse, le negó las posibilidades de acción eficaz que naturalmente comporta «El Siglo», y como quiso actuar, lo arrasó, indiferente al perjuicio que pudo ocasionar y que ocasionará todavía el desconocimiento de la autoridad legitima.

Laureano Gómez nos enseñó a creer en Alfonso López. Nunca preparó al partido para faltarle al respeto y para sublevarse contra el estadista de Honda. Milagro fué que nuestra ayuda de hombres sin ninguna ave-

ría visible u oculta, hubiera hecho posible la reversión de la actitud moral conservadora ante el presidente López. Despues de veinte y más años de solidaridad entusiasta y de lisonjas meladas, carece de autoridad intelectual para injuriarlo. Este imponderable mina la eficacia de las últimas campañas del partido.

Es cierto que López engañó a Gómez y no es menos exacto que Gómez engañó al partido. La diferencia radica en que Gómez cocea a López y en que el partido besa los pies de Gómez. La calidad del engaño padecido por éste último se aclara con la expresión que le oí muchas veces: «Alfonso no quiso engañarme, pero hay algo detrás que no lo deja hacer lo que quiere: Tal vez la masonería». Del propio modo Gómez no quiso engañar al partido, pero hay algo detrás que no lo deja proceder con acierto: Tal vez la suspicacia.

XXIV

Aquí había concluído los apuntes de este folleto testamentario, en espera de la Convención que acaba de clausurarse. ¡No quise dejar sin noticia sus ocurrencias y sus resultados.

El General Berrío tuvo el gobierno de la Convención con mano muy firme y para hacer literatura beligerante era preciso obrar con mucha destreza, porque el jefe antioqueño sin contemplaciones le arrebataba al orador la palabra. De ahí que no hubiera choques.

El mensaje del Directorio es una pieza asombrosa, redactada por Eliseo Arango. Yo cambiaría todas mis pequeñas glorias por la grande de haberlo concebido. Primitivo Crespo lo firmó, para consuelo de sus amigos y reconozco que en la Convención fué amistoso y leal.

Luego de la lectura magistral que hizo Arango, presenté la siguiente proposición:

PROPOSICION

La convención nacional del partido conservador

TENIENDO EN CUENTA:

Que el becho de fiscalizar las elecciones desde el poder Electoral no es un acto de cooperación con el Régimen;

Que no constituyen tampoco certificado de buena conducta - sino todo lo contrario - la autorización dada por el Directorio

Nacional del Partido y la constancia inicial de los copartidarios que asumieron sus cargos electorales;

Que es evidente que el partido manifestó su voluntad unánime de sufragar; y

Que la unión del partido es hoy tan indispensable como siempre y no puede hacerse sobre injustos agravios,

RESUELVE:

Reconócense el celo, decoro y acierto con que han procedido en las últimas emergencias los señores Silvio Villegas, Eliseo Arango, José Agustín Noriega, Fernando Gómez Martínez, Gabriel Rodríguez Diago, Primitivo Crespo, Alejandro Cabal Pombo y Gilberto Alzate Avendaño;

La convención protesta contra los agravios de la prensa liberal contra el ilustre compatriota y Jefe Unico del Partido doctor Laureano Gómez.

AUGUSTO RAMIREZ MORENO

El Delegado Uribe Cualla pidió que pasara al General Berrío en asocio del mensaje. Me opuse. Empecé a hablar con fría negligencia, sin arte declamatorio. El doctor Gómez intervino para decir que se iba, porque yo estaba injuriando a los conservadores. Fué un exabrupto sin motivo, que en

algunos dejó mala impresión. No me conturbé, porque yo no necesito de la presencia de Gómez absolutamente para nada. Iba a continuar y reanudaba mis palabras en la misma voz fina y nonchalante, cuando mi General Berrío levantó la sesión.

En la tarde se leyó el mensaje del Presidente en respuesta al nuestro. Allí queda reconocido plenamente que procedimos con sujeción a los mandatos del honor y practicamente y por unanimidad fué consagrado el espíritu de lo que yo había propuesto.

Presenté luego otra proposición indicando que el partido participaría en las corporaciones electorales. La sostuve con un pequeño discurso. Gilberto Alzate Avendaño, en cambio, pronunció uno magistral, descortesmente interpelado por Gómez, a quien le respondió con serena corrección.

Después propuse la jefatura única como forma de autoridad para nuestro partido. Fernando Londoño agotó en cinco minutos el tema, y su apoyo insigne practicamente había salvado mi propuesta. Pero el doctor Gómez —como siempre— por temor de las responsabilidades y por incapacidad esencial e incurable para la política, mas pretextando razones doctrinarias, se opuso. Dijo así: En frente al caudillismo liberal, debemos probarle al país que somos enemi-

gos del caudillaje. Es esta una frase sin valor, porque hoy hay más caudillismo en el partido conservador que en el otro. Laureano Gómez manda sobre el partido y contra la voluntad y las conveniencias del partido, siendo universalmente acatado. Es inmoral que no asuma las responsabilidades de su prestigio y es indelicado que quiera seguir usando mampuesto. Aparentemente, las responsabilidades son compartidas por un Directorio; pero en realidad, si el Directorio no se somete a las opiniones del Jefe, queda borrado. Es una situación semejante a la del doctor Gómez como redactor de EL SIGLO y como delegado a la Convención. En el periódico nos ultraja y arruina nuestro prestigio, y en la Convención pide que no se hable de lo pasado, que no se mortifique a los copartidarios y afirma que es una cobardía hacerle daño a la reputación de los propios. El partido aplaude tanta limpieza de juego y aclama a su jefe.

Sólo un directorio muy reducido en número, sólo un jefe único, apto, beligerante, sin temor de salir a todas las plazas de Colombia y persuadido de que nuestro problema no es doctrinario sino un problema de Poder, puede evitar este repliegue en marcha infatigable a cuya cabeza marcha el doctor Laureano Gómez, exponiendo la doctrina del siglo pasado. El porvenir conservador

es negro. Ni quiere ir a la guerra, ni quiere incorporarse a la ley. Ni sigue, ni se queda, ni se devuelve, como dijo el doctor Alzate Avendaño. El doctor Gómez no tiene plan, ni manera; sólo tiene un prestigio hercúleo. Dijo que lo único interesante era estar al pié de la doctrina. El partido, muy satisfecho y emocionado, aclama a su digno jefe. La doctrina es el supuesto esencial, elemental y tácito de toda acción política. De la doctrina en adelante es dónde se prospecta, se crea, se demuestra con hechos que un hombre es un Jefe. Quedarse en la doctrina, como en un ciego orificio, no es de un hombre, sino de un armadillo o de un lagarto. Cualquiera es Jefe con semejante programa: La doctrina. Es de abonarse a Gómez la sinceridad con que implica o expresa cada vez que puede su inanidad ante el futuro. «No se me ocurre nada, no puedo hacer nada, el periódico no me deja, estoy enfermo, agotado», es la cantinela perpetua de este gigante que está resuelto a infligirle su gloria al partido. Durante su penúltima intervención y al rechazar la Jefatura Unica, que lo espanta, desconocía que el conservatismo lo adora y quiere que lo gobierne su ancha mano solitaria; pero la voluntad del partido no resiste ante ningún deseo de Gómez por irritante que sea para sus anhelos. No ha hecho él todavía el ensayo de ordenarle que luche y de

salir a las plazas con peligro como lo hicimos Villegas, Arango y yo; como lo han hecho Londoño y Londoño, Alzate Avendaño, Bustillo Franco, Tovar Silva, Noriega, Anacreonte González, Sourdis, Puyana Menéndez, Luis Alfonso Delgado, José Antonio González, Luis Eduardo Romero, del Hierro, López Narváez, Víctor Quintero, Serrano Blanco y muchos otros. Si dá la orden y quiere que ella prospere, tendrá que salir de la Sabana de Bogotá. Darla y dejarla expósita, es posible que no le dé muy halagüeños resultados.

Es de admirarse la fácil hipocresía con que rechaza la jefatura. Dice: no quiero, no puedo, ello me está prohibido por la doctrina. Se sienta en actitud beata y ya ha repartido entre sus amigos la lista del único directorio que tolera, la lista intocable. Exclama siempre que los convencionales deben obrar con autonomía y con serena libertad, pero siempre ejerce eficaz coacción, vetando con frenesí y aconsejando entre sonrisas El partido aclama a su jefe, esos procedimientos y esas almas le gustan. Laureano Gómez odia a la juventud, olvida e ignora al pueblo y desdeña la autoridad. Su sistema nervioso es el de una estatua, intelectualmente es un grande hombre, políticamente es un peligroso mequetrefe y moralmente es Luzbel inmediatamente antes de la caída y siempre a punto de caerse.

El conservatismo no supo resolverse en esta Convención el problema sustancial y elemental de la autoridad. Un gran jefe, dispuesto a morir, místico, arrebatado y pulquérrimo, desenvuelto, original y flexible, un jefe sin odios, tierno con el pueblo y respetuoso con la juventud, ejercería sobre los hechos una compulsión más eficaz que el más noble programa. Tiene hoy el partido un Directorio muy respetable y hago los votos más sentidos porque el éxito lo corone y porque premie a la Patria con la reconquista del Poder, al tiempo que le propongo cordialmente que no se atenga, como el doctor Gómez, a la simple resistencia de los postulados morales, batidos por la adversidad. No es el conservatismo una orden contemplativa ni una academia y como a tal se le trata. El doctor Gómez cree que un estado permanente de protesta contra la iniquidad basta a nuestros afanes. El doctor Gómez confunde una actitud moral ante la injusticia con una táctica ofensiva de lucha. Pero entonces responde: A mi no me importan las cuestiones de táctica. El conservatismo, apasionado por la inmovilidad y la letargia, aclama a su Jefe.

El señor Gómez no puede preconizar una política de movimiento, porque no la comprende y porque si la entendiera no es capaz de practicarla y mientras no la practique el mismo, asumiendo fatigas, penas y acechanzas, el partido—noble y viejo buey renqueante—se limitará a moverle con dulzura la cola en las narices.

Esta Convención que me ha servido de féretro, tampoco ha resuelto el problema de la autoridad y mientras esté insoluto el problema no hemos avanzado un milímetro en el camino de la reconquista.

XXV

Quise para el partido una política apoyada en este triángulo: Autoridad, muchedumbres, juventudes. Laureano Gómez ha querido aplastar esos tres divinos nombres del triunfo y esas advocaciones de la lucha. A pesar de todo, comprendo la gratitud que le ha votado el partido, en parte me asocio a ella, y considero que este hombre es un gran valor colombiano digno de respeto no sólo para sus subalternos, sino también para sus iguales. Algunas felonías diamantinas adornan su vida con indiscreto fulgor. Excluídas éllas, bien puede aplicarse a nuestro protagonista lo que Gastón Boissier produjo de Catón, que aquí estampo para descanso de mis fatigados lectores:

«A pesar de aquellas demandas tardías y de la ayuda de su nomenclatura, Catón no llegó al Consulado y Cicerón le censura con severidad por las torpezas que ocasionaron su derrota. Podía, sin duda, pasar sin ser cónsul; pero la República necesitaba que lo fuese, y en concepto de muchos buenos ciudadanos era casi abandonarla y hacerle traición favorecer con refinamientos de escrúpulos y exageraciones de honradez el triunfo de los peores.

"Todavía se comprenden tales exageraciones y excesos en un hombre que tiene intención de huír del trato de los humanos como Alcestes; pero son imperdonables cuando se quiere vivir con ellos y, más aún, cuando se aspira a gobernarlos. El gobierno de los hombres es una cosa delicada y difícil; necesita que no se empiece por rechazar lo que se pretende dirigir. Ciertamente se debe tener la intención de mejorarlos, pero es preciso tomarlos como son. No sabía Catón amoldarse a esas contemplaciones sin las que es imposible gobernar a los pueblos; no tenía la suficiente flexibilidad de carácter ni ese grado de intriga honrada que hace triunfar en aquello que se emprende; le faltaba esa afabilidad que une las ambiciones contrarias, que calma los celos rivales, que agrupa a personas separadas por condición, por opiniones y por intereses, en derredor de un hombre. No podía ser más que una protesta viva contra las costumbres de su tiempo; no era un jefe de partido. Nos atrevemos a decirlo, no obstante el respeto que por él sentimos: Su obstinación procedía de la estrechez de su espíritu. No distinguía

a primera vista los puntos en que se debe ceder y aquellos que es necesario defender hasta el fin. Discípulo de los estóicos, los cuales decían que todas las culpas son iguales, es decir, siguiendo la burla de Cicerón, que causa tanto daño quien mata un pollo sin necesidad, como quien estrangula a su padre, había aplicado esta dura y extraña teoría a la política. Encerrado en una legalidad estricta, defendía sus menores nimiedades con un encarnizamiento enojoso. Su admiración por lo pasado, no sabía escoger. La cortedad de su espíritu, su celo estrecho y obstinado fueron algunas veces perjudiciales a la república. Plutarco le reprocha que arrojó a Pompeyo en brazos de César, al negarle algunas satisfacciones de vanidad sin importancia Cicerón decía de él: "Se cree en la República de Platón y no en la de Rómulo» y ha quedado esta frase como la que caracteriza mejor a aquel político poco hábil, que al exigir demasiado de los hombres, concluyó por no obtener nada de ellos.

«El papel natural de Catón era la resistencia. No entendía de dirigir a un partido, mas era admirable cuan-

do se trataba de hacer frente a un adversario. Empleaba para vencerlo una táctica que le dió buen resultado varias veces: Cuando veía que se trataba de adoptar una resolución, a su juicio funesta, y que era necesario a toda costa impedir al pueblo que la votara, tomaba la palabra y no la dejaba ya. Plutarco dice que podía estar hablando un día entero sin cansarse.

«Es cierto, como ya he dicho, que Catón no podía ser jefe de un partido, y lo que es más triste aún, que el partido por el cual luchaba, no tenía Jefe. Era una reunión de hombres de ingenio y de grandes personajes, ninguno de los cuales tenía las prendas necesarias para dominar a los demás. Sin hablar de Pompeyo, que era un aliado dudoso, de quien desconfiaban, entre los restantes, Escipión repugnaba a todos por su altanería y sus crueldades; Apio Claudio no era más que un augur convencido, que creía en los pollos sagrados; a Marcelo le faltaban flexibilidad y agrado, y él mismo reconocía que casi nadie le amaba; Servio Sulpicio tenía todas las debilidades de un jurisconsulto quisquilloso; por último, Ci-

cerón y Catón pecaban por los excesos opuestos; hubiera sido necesario unir a los dos o que el uno fuera modificado por el otro, para tener un político completo. No había, pues, en el partido republicano, antes de Farsalia, más que personalidades brillantes y sin Jefe».

En el momento de clausurar mi carrera no tengo antipatías, odios ni remordimientos y sólo hay un colombiano a quien serenamente desprecio. No necesito nombrarlo, porque el desprecio y él nacieron el mismo día: Quienes lo han tratado, inclusive quienes lo aman, participan de ese sentimiento irrestañable.

He querido obrar siempre como caballero abnegado y generoso, como hombre de honor. Dios, en su piedad y en su omnipotencia no ha permitido que cometa groseros extravíos, cuyo recuerdo evite y cuyo nombre me avergüence. A su gracia y a su misericordia se deben mis éxitos y no a mis aptitudes.

Sólo tengo por hazaña personal mía la de haber entrado en contacto con el Presupuesto y haber salido engrandecido de una prueba que jamás colombiano alguno resistió con belicosa elegancia. Me refiero al desem-

peño del cargo de Delegado Presidencial con que me honró el señor Presidente López, con la voluntad y el deseo de mi partido. Los conservadores de Ciénaga de Oro y los de Nariño, los miembros del Directorio Nacional, saben que el piltrafero y el claudicante de hoy realiza milagros de orgullo y de imperial decoro.

De mi obra no durará nada. Sólo dos años estuve en el Parlamento, tiempo insuficiente para que la posteridad me llame por mi nombre. En enero de 1918 pronuncié mi primer discurso político. Fue mi adversario Luis Crespo. He completado, pues, veinte años de actividad, a los treinta y seis de mi vida.

Entre cuanto hice o intenté, sólo me inspira devoción y admiración EL POLITICO, por su radioactividad incontenible. En ese breve ensayo consta lo mejor de mi alma. En vano descolgarán sobre él los años su lámpara de sombras. Su influjo sobre la juventud no ha cesado ni puede languidecer, porque los campeadores del futuro, hallarán escritas por mi pluma las palabras de su limpia ambición.

Yo me retiro, con el Crucifijo en las manos, dardeando con la fiera pupila el fanal turbio de la Muerte.

EPISODIOS

Recibido por la crítica con los siguientes conceptos:

«Todo en el libro de Ramírez Moreno es un hervir de conceptos y de ideas. Es algo bello, espiritual, desacostumbrado antes».

L. E. NIETO CABALLERO.

«El conjunto de la obra es lo que pudiera llamarse un programa de Gobierno audaz y realizable, que las nuevas generaciones lanzan a la discusión del país por medio de la pluma vigorosa y templada de Augusto Ramírez Moreno».

BENIGNO ACOSTA POLO.

«EPISODIOS es pues el libro de una mentalidad encendida y multiforme. Obra de fuerza y audacia que pide conceptos y emite conceptos desnudos».

ADEL LOPEZ GOMEZ.

«En EPISODIOS se perfila entera una conciencia nueva».

JULIO GOMEZ de CASTRO.

«Bello libro: abundan en él las culminaciones en el pensamiento político y los aciertos en el estilo literario».

JOSE GNECCO MOZO.

Obras del mismo autor.

«El Político», agotado.

«Episodios»

«Las Ideas Socialistas y el problema Presidencial»

«Los Leopardos» - «Los Personajes»

mas tarde

«Los Leopardos» - «La Acción»